Raúl Mandrini

América aborigen

De los primeros pobladores a la invasión europea

Marina
febrero 2014

siglo veintiuno editores

FUNDACIÓN OSDE

1. Construir la historia del mundo prehispánico

Escribir una historia de las sociedades prehispánicas no es tarea fácil. Además de la enorme extensión espacial y temporal, su reconstrucción es compleja y exige un enorme esfuerzo puesto que requiere cambiar los modos de hacer historia. Esa dificultad se profundiza aún más debido al carácter de los testimonios disponibles y a la enorme diversidad social, cultural y lingüística de las poblaciones involucradas.

Construir una historia de las sociedades indígenas supone una concepción diferente de la historia, dado que implica la incorporación de herramientas teóricas y metodológicas distintas, en muchos casos provenientes de otras disciplinas, y el uso de testimonios de un tipo diverso al que el historiador está acostumbrado. Partimos de una concepción de la historia como historia de sociedades (historia social, en el sentido que le dio Eric Hobsbawm) consideradas como realidades totales y complejas. Pensamos en una historia global que incluye la totalidad del pasado humano: no hay, por lo tanto, sociedades sin cambio o sin historia.

La cuestión de las fuentes

El acceso a esa historia presenta problemas iniciales específicos. Los historiadores, acostumbrados a trabajar con documentos escritos, se encuentran casi en total orfandad, pues la América prehispánica, con excepción de los mayas y zapotecas el período clásico, no desarrolló un verdadero sistema de escritura, esto es, capaz de registrar de modo cabal el lenguaje hablado. Para acceder a ese pasado debemos recurrir a los restos materiales –objetos, utensilios, herramientas, edificios, tumbas, desechos de la vida cotidiana– que la arqueología ha recuperado. Claro que estos testimonios nos informan acerca de numerosos aspec-

tos de la vida de esas comunidades, pero también dejan otros en total oscuridad. Esto es así porque varios aspectos de la vida social no dejan testimonios materiales y sólo pueden inferirse a partir de otros restos; además, el registro arqueológico es incompleto, muchos materiales se han perdido o han sido destruidos por la acción del tiempo, de factores naturales o por obra del hombre. Por último, el análisis y la interpretación de los restos conservados presentan una extrema dificultad.

Los documentos escritos prehispánicos son, como señalamos, muy escasos. Su lectura e interpretación ofrecen numerosas dificultades, y la información obtenida sólo permite atisbar una ínfima parte de la realidad social. Los textos mayas, sin duda los más importantes, se refieren a los grandes señores, a sus vidas y sus hechos; se trata de biografías e historias dinásticas destinadas ante todo a legitimar el poder de esos señores. El resto de los documentos escritos disponibles fue producido por los europeos y, algunos, por mestizos y miembros de la nobleza indígena. En el mejor de los casos, datan de las primeras décadas del período colonial, aunque a veces recogen tradiciones más antiguas. Esos testimonios (relatos y crónicas de exploradores y conquistadores, narraciones de viajeros, ensayos y estudios de funcionarios y misioneros, documentación administrativa, judicial y religiosa) iluminan en parte la vida de esas sociedades en los momentos previos a la invasión europea; no obstante, apenas constituyen un momento fugaz en una historia de milenios y su uso presenta serias dificultades al historiador.

Ocurre que esos documentos fueron producidos en condiciones históricas particulares. El descubrimiento de América planteó a los europeos interrogantes sobre el mundo desconocido que se presentaba ante ellos y, en especial, acerca de sus habitantes, cuyas costumbres y formas de vida (tan distintas a las europeas) descubridores y conquistadores comenzaron a observar con asombro. También observaron las profundas diferencias: vastos imperios, mexica e incas, convivían con tribus que practicaban una agricultura rudimentaria y con pequeñas bandas móviles de cazadores recolectores.

Ese mundo variado y contradictorio provocó reacciones disímiles: de la contemplación y el asombro inicial se pasó, unas veces, a la admiración y el encandilamiento ingenuos; otras, a la indignada protesta, la condena y la repulsión ante costumbres extrañas, algunas aberrantes para la perspectiva cristiana. Ambas reacciones tuvieron lugar ante un mundo al que no había posibilidad ni intención de comprender. Tampoco hubo tiempo suficiente, ya que ese universo pronto fue desarticulado y destruido.

De todos modos, y aun sin proponérselo, quienes destruyeron ese mundo fueron los mismos que, en innumerables textos, también contribuyeron a su conocimiento. Sin embargo, esos testimonios no son fáciles de usar, debido tanto a problemas de conservación, escritura y lengua como de interpretación. Viajeros, conquistadores, funcionarios y misioneros transcribieron sus impresiones, en las cuales la visión del "otro" se encuentra atravesada por prejuicios, ambiciones, intereses, temores e incomprensión. Además, buena parte de esa información era obtenida mediante intérpretes, informantes nativos que respondían a otros intereses. Se despliegan así, ante el historiador, múltiples lentes, de diferentes formas y colores, que median su acceso al pasado, deformando las imágenes una y otra vez hasta volverlas, a veces, inasibles.

El choque cultural fue profundo; de allí que resulte tan difícil separar lo real de lo imaginario, la verdad de la fantasía en los relatos. Las exageraciones (en las distancias, el tamaño de las cosas, el número de indios) son frecuentes y pueden conducir a serios errores: a menudo eran interesadas y servían para realzar méritos y disimular faltas; otras veces resultaban del temor y el asombro ante lo desconocido. Tampoco era fácil expresar en términos comprensibles para el público europeo al que iban destinados esos escritos objetos y realidades para las cuales no existían palabras ni conceptos adecuados en lengua castellana. Así, por ejemplo, para describir un guanaco, Antonio Pigafetta, cronista de la expedición de Hernando de Magallanes, formuló la siguiente (y asombrosa) descripción: "Este animal tiene cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y cola de caballo; relincha como este último".

Cómo llamamos a nuestros actores

Es de uso común denominar "indios" a los pueblos que ocupaban el continente americano cuando Cristóbal Colón arribó a sus playas en 1492. Fue el propio almirante quien lo usó por primera vez, convencido de haber arribado a la India, meta esperada de su travesía atlántica. Algunos años después los españoles sabían ya que esas tierras no eran la India, pero el nombre se mantuvo y se extendió a sus descendientes. Durante mucho tiempo, las nuevas tierras fueron llamadas "Indias Occidentales".

Con distintos argumentos, desde hace algunos años el término "indio" es duramente cuestionado. En los Estados Unidos se utiliza el de "Native Americans". En los países de habla hispana se prefirió "aborígenes", "indígenas" u "originarios", que tienen un significado similar, e

incluso son aceptados por los propios descendientes. En cualquier caso, no es posible afirmar que tales denominaciones sean más legítimas que la de "indio", rechazada por las connotaciones peyorativas y degradantes que adquirió con el tiempo, pues se lo asimiló a "salvaje" o "bárbaro". De allí que, aclaraciones mediante, evitemos su uso en este libro.

Claro que el que haya sido acuñado por los conquistadores tampoco es motivo de absoluto rechazo: al fin y al cabo, los otros términos son también europeos. Sin embargo, las mayores objeciones se vinculan con las implicancias de tal terminología, ya que supone cierta unidad de las poblaciones americanas que no existió en la realidad, lo que podría tener serias consecuencias metodológicas. De hecho, las poblaciones americanas se caracterizaban por su diversidad lingüística y cultural, que no pasó inadvertida para los europeos.

Por ese motivo, no existe en las lenguas indígenas americanas un término equivalente; la identidad del nativo se encontraba dentro de los límites del grupo étnico al que se adscribía y las relaciones entre estos grupos eran a menudo conflictivas. Por tanto, no debe extrañar que muchos se aliaran a los conquistadores para enfrentar a sus tradicionales rivales étnicos. El concepto de "indio" (o sus sustitutos) como revelador de una unidad de las poblaciones americanas es producto de la conquista; no se trata de una categoría cultural, racial o étnica, sino social. El indio era, por definición, el sometido. Durante la conquista, esta condición de conquistados confirió cierta unidad a poblaciones étnicamente diferentes y permitió formular una identidad común frente al conquistador. La representación española de la sociedad colonial como la yuxtaposición de dos "repúblicas" separadas de manera tajante (poco importa que la realidad fuera más compleja) reforzó y legitimó esta identidad.

De allí que en este libro se utilicen dichos términos despojándolos de todo contenido étnico. Esta postura se complementa con un abierto rechazo hacia ciertas formas de "indigenismo romántico", bastante a la moda entre ciertos grupos, que supone la existencia de una esencia o espíritu puros que subyacen a la diversidad exterior y perduran a través del tiempo.

El "Nuevo Mundo": diversidad y heterogeneidad

El mundo americano prehispánico tiene un valor inigualable para los científicos sociales interesados en la problemática de las diferencias culturales. Cuando los europeos arribaron a las playas americanas del

continente, este ofrecía una extraordinaria variedad natural y cultural. Por un lado, la multiplicidad de paisajes, climas y suelos se correspondía con la diversidad de comunidades de animales y plantas, por otro, la pluralidad de comunidades humanas se expresaba en la diversidad cultural, social y lingüística.

La diversidad geográfica

Profundos contrastes geográficos caracterizan al continente americano. Enorme isla continental que se extiende del Ártico al Antártico, las aguas de las dos mayores masas oceánicas, el Pacífico y el Atlántico, bañan sus costas occidentales y orientales; el Ecuador la corta en dos partes formando grandes franjas climáticas comparables, aunque invertidas, que se extienden hacia el norte y el sur.

De oeste a este el perfil del continente es asimétrico. Al oeste, paralelo al Pacífico, un enorme sistema cordillerano lo atraviesa desde Alaska hasta Tierra del Fuego. Geológicamente joven, su estructura es compleja: coexisten allí elevados cordones montañosos, grandes volcanes, valles profundos, altas mesetas y planicies, y las mayores alturas del continente. En América del Norte, ese sistema es conocido con el nombre general de Rocallosas; en América del Sur, como Andes. La angosta franja de tierras de América Central, que articula ambas masas continentales, está cubierta de montañas. Sobre el litoral del Pacífico las llanuras son muy estrechas, a veces inexistentes, y las montañas llegan casi hasta la costa misma.

Al oriente de esos grandes sistemas se extienden inmensas llanuras formadas por extensas cuencas fluviales, como la del Mississippi en el norte y las del Orinoco, el Amazonas y el Plata en el sur; cerca del litoral atlántico emergen algunos macizos y cordilleras, menos elevados y geológicamente antiguos, con formas suaves y redondeadas producto de la prolongada erosión. En los extremos del continente, dos antiguos macizos forman extensas planicies, el escudo canádico y la meseta patagónica. Algunos afloramientos rocosos antiguos rompen la uniformidad de llanuras y planicies, como los sistemas serranos del sur bonaerense o de la pampa central.

Esos relieves inciden en la dirección de los vientos y la distribución de las precipitaciones. Las lluvias, abundantes en el Atlántico, disminuyen de este a oeste hasta encontrarse con las altas cordilleras; en cambio sobre el Pacífico son excepcionales, salvo en la zona ecuatorial y los extremos norte y sur. La combinación de estos elementos (relieve, latitud, condiciones climáticas) dio lugar a la formación de una variedad de paisajes,

cada uno con sus recursos característicos, que abarcan desde la estepa polar al bosque tropical, de las extensas praderas templadas a las sabanas tropicales, de las mesetas desérticas a los fértiles valles montañosos.

Tal diversidad de ambientes incidió en la diversidad cultural, aunque no en el sentido del determinismo geográfico tradicional. Ante cada ambiente, las comunidades humanas encontraron obstáculos y posibilidades y, para sobrevivir y reproducirse, desarrollaron estrategias y tecnologías específicas, al tiempo que elaboraron múltiples dispositivos culturales y sociales. Así, desde muy temprano, cada comunidad interactuó con su ambiente, lo modificó y recreó para aprovechar mejor sus recursos. En el siglo XV, cuando arribaron los europeos al continente, el paisaje de algunas regiones, como los Andes centrales y Mesoamérica, había sido profundamente transformado por comunidades que habían diseñado complejas estrategias económicas, sociales y políticas para su uso.

La diversidad lingüística y cultural

La cantidad de familias lingüísticas, lenguas individuales y variantes dialectales que se hablaban en el continente es notable. Los especialistas difieren en la cifra exacta de lenguas habladas y en el lugar de cada una de ellas en las clasificaciones lingüísticas, pero coinciden en que, en el momento de la invasión europea, el número de lenguas o idiomas hablados (sin considerar variantes dialectales) habría rondado los dos mil. El mapa lingüístico del continente presentaba entonces el aspecto de un abigarrado mosaico donde muchos pueblos con diferentes lenguas podían convivir en espacios a veces reducidos, compartiendo incluso una misma cultura. Es probable que esta característica fuese resultado de los intensos movimientos de pueblos y de las frecuentes migraciones que tuvieron lugar a lo largo de toda la historia prehispánica.

La diversidad lingüística no impidió, sin embargo, relaciones e intercambios entre comunidades que hablaban lenguas ininteligibles entre sí, las cuales encontraron mecanismos para comunicarse: sin ellos, el prolongado funcionamiento de extensas redes de intercambio no habría sido posible. La habilidad lingüística de los pueblos americanos es destacable; esto se observó en especial luego de la invasión europea: muy pronto numerosos indígenas aprendieron a hablar con fluidez el castellano y actuaron como intérpretes y traductores de los conquistadores; en las escuelas misionales franciscanas de Mesoamérica, jóvenes de la nobleza indígena utilizaron la lengua castellana para elaborar crónicas o historias locales, e incorporaron el alfabeto latino para escribir sus propias lenguas

No fue menor la pluralidad cultural de los pueblos americanos. Hacia 1500, coexistían en el continente distintas economías (desde las formas más simples de caza y recolección hasta las más complejas prácticas agrícolas) y diferentes formas de sociedad (desde las organizaciones de bandas hasta "estados" e "imperios"). A ello es preciso agregar la multiplicidad de costumbres y prácticas sociales, de creencias y prácticas religiosas, de habilidades tecnológicas, de expresiones simbólicas y estéticas. En este marco, cada grupo configuraba su propia identidad, es decir, la forma en que se reconocía a sí mismo y era reconocido por los otros, la cual se transformaba con el tiempo, conforme variaban las situaciones históricas. Por tanto, es claro que no existía en la América prehispánica nada que pudiera expresar la idea de unidad entre las poblaciones originarias del continente.

El problema de las clasificaciones

Aunque la pluralidad del mundo prehispánico atrae a los estudiosos interesados en la problemática de las diferencias sociales y culturales, también puede convertirse en un obstáculo para la investigación. Al igual que los estudiosos de las ciencias naturales, enfrentados a la multiplicidad de formas vivas, los científicos sociales necesitan agrupar a esas poblaciones o sociedades de acuerdo con ciertas características cruciales, definidas a partir de criterios establecidos previamente. Obtienen así "tipos" o "taxones" que agrupan a distintas sociedades con rasgos semejantes y permiten organizar la información empírica, realizar comparaciones más amplias y formular hipótesis generales.

Sin embargo, no debe olvidarse que tales tipos o taxones no constituyen realidades sociales en sí mismas, sino que son construcciones analíticas de los investigadores. Se trata de herramientas o instrumentos teóricos útiles para clasificar (operación fundamental en el campo de la ciencia), pero las sociedades así caracterizadas no pierden su individualidad ni sus rasgos propios. Más allá de las operaciones intelectuales necesarias para explicar los procesos históricos, el objeto final de los historiadores son realidades sociales concretas, ubicadas en un tiempo y espacio determinados.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, con la conformación de las ciencias modernas (entre ellas la Historia y la Antropología), las clasificaciones adquirieron enorme importancia, en especial respecto de aquellas sociedades que no pertenecían al ámbito del mundo europeo occidental contemporáneo, ya fueran las denominadas "prehistóricas", las sociedades "primitivas" (que aún habitaban lugares remotos de Asia,

África y Oceanía), o las que habían ocupado el continente americano antes del arribo de los europeos.

Existieron distintas clasificaciones, y los criterios que las sostenían se fueron modificando. Las más conocidas, formuladas por los arqueólogos, apelaron ante todo a criterios visibles en los restos materiales, como la tecnología (piedra tallada, piedra pulida, metales), las prácticas económicas (que definían grupos recolectores, cazadores, cultivadores, agricultores) y los modos de movilidad y asentamiento (según los cuales se las caracterizaba como nómadas, seminómadas, sedentarios aldeanos, sedentarios urbanos). Además, algunos de estos criterios comenzaron a asociarse: la piedra tallada con la caza-recolección y el nomadismo; la piedra pulida con la presencia de cultivos; el sedentarismo aldeano con técnicas como la cerámica y el tejido; los metales con la agricultura desarrollada y la vida urbana. En tanto, los evolucionistas decimonónicos crearon un modelo que suponía tres grandes estadios o momentos (salvajismo, barbarie y civilización) en el proceso evolutivo por el que habrían pasado todas las sociedades.

Tal esquema incorporaba los criterios tecnológicos vinculándolos con las formas de matrimonio, parentesco, gobierno y religión. Sin embargo, tales asociaciones y las clasificaciones derivadas de ellas, elaboradas en principio para el continente europeo, demostraron su ineficacia cuando, ante la acumulación de información proveniente de otros continentes, se intentó aplicarlas a otras sociedades. Esto ocurrió en los estudios acerca del continente americano, verdadero muestrario de excepciones respecto de las rígidas clasificaciones tradicionales.

Además, al extenderse, los términos que denominaban a los distintos estadios evolutivos fueron adquiriendo connotaciones valorativas: de ese modo, "civilización" se convirtió en sinónimo de una sociedad avanzada, culta y sofisticada –cuyo modelo por excelencia era la sociedad europea occidental de esa época– en tanto los otros dos, "salvajismo" y "barbarie", con una fuente carga peyorativa, se aplicaban a todas aquellas sociedades, también llamadas "primitivas", que no habían alcanzado tales logros. Las dos últimas cayeron hace tiempo en desuso (al menos en el campo de la Antropología), pero la otra sigue siendo empleada, aunque con un sentido más específico. Se refiere a sociedades con un mayor grado de complejidad, cuyos rasgos básicos consisten en la presencia de ciudades, una marcada división social del trabajo, desigualdad social y una organización política centralizada con una ideología, esencialmente religiosa, que justifica el poder y las diferencias sociales. Se corresponde, en el esquema que daremos luego, con las

jefaturas avanzadas y los estados antiguos. En ese sentido usaremos el término, sobre todo en aquellos casos en que no resulta claro si se trata de una u otra forma política. En cambio, cuando hagamos referencia al significado valorativo tradicional, aparecerá encomillado.

Hacia mediados del siglo XX, los antropólogos vinculados al neoevolucionismo estadounidense plantearon la existencia de diferentes líneas evolutivas, esto es, de una evolución multilineal, a diferencia de la unilineal, que postulaban los antiguos evolucionistas. Con esta idea como base, comenzaron a analizar la evolución particular de las sociedades originarias americanas, elaborando sus propios esquemas clasificatorios.

El esquema más completo y exitoso fue desarrollado por el antropólogo estadounidense Elman Service, quien, a partir de información etnográfica, reconoció en la América indígena cuatro tipos de sociedades (bandas, tribus, jefaturas y estados antiguos) que, al mismo tiempo, marcaban la evolución sociocultural del continente. Para Service, la evolución de las sociedades estaba relacionada con el aumento de la población. El crecimiento del número de personas y grupos dentro de una sociedad demandaba formas cada vez más complejas de integración social y cultural. Los tipos reconocidos por Service constituyen, pues, cuatro formas distintas de integración sociocultural, ordenadas según su complejidad.

El esquema de Service fue adoptado y aplicado por numerosos investigadores; aunque con algunas adiciones, y con frecuencia desprendido de sus implicancias evolutivas, todavía se lo utiliza y constituye una base útil para una clasificación de las sociedades aborígenes americanas, tarea que de todos modos no resulta nada sencilla.

Realizado a partir de información etnográfica, este esquema presenta sus primeros problemas cuando consideramos a sociedades que sólo conocemos por documentación arqueológica (restos materiales), pues este tipo de circunstancias no siempre da acabada cuenta de los aspectos sociales y políticos que ocupan un lugar central en la clasificación. En estos casos, el investigador debe determinar cuáles son los rasgos críticos del material arqueológico, rasgos que mostrarían, con un margen aceptable de seguridad, la presencia de una banda, una tribu, una jefatura o un estado. No obstante, como el registro arqueológico nunca es completo –incluso puede ser muy limitado–, es probable que esos rasgos críticos sólo puedan documentarse de manera parcial.

En efecto, no es difícil distinguir, en términos arqueológicos, entre un campamento de cazadores y una ciudad o centro urbano, y reconocer en ellos la presencia de una banda y un estado, respectivamente.

Otras veces, en cambio, resulta difícil saber si un asentamiento de grandes dimensiones era una aldea muy grande o una pequeña ciudad y, por lo tanto, decidir si sus ocupantes constituían una jefatura o un estado incipiente. No debemos olvidar que las sociedades cambian de modo permanente y que esos cambios, pequeños y casi imperceptibles, dejan pocos rastros en el registro arqueológico y sólo pueden apreciarse en el largo plazo. Las bandas no se transforman de un día al otro en tribus; una jefatura no desaparece de repente para dar lugar a un estado.

Como señalamos, las categorías de banda, tribu, jefatura o estado son tipos o taxones clasificatorios y no refieren a una realidad social particular. A pesar de ello, las clasificaciones continúan siendo útiles para los investigadores. Cómo se definen tales tipos o taxones o, dicho de otro modo, qué significan los conceptos de banda, tribu, jefatura o estado es lo que explicaremos a continuación.

Las bandas

Se trata de sociedades pequeñas, compuestas por varias familias vinculadas por el parentesco, cuyo número de miembros, que varía según los recursos disponibles, rara vez excede algunas decenas. Los matrimonios se acuerdan entre miembros de distintas bandas (exogamia) y la nueva pareja suele residir con la banda del varón (virilocalidad). Por lo general están integradas por varones casados, sus mujeres foráneas y los hijos solteros. El parentesco, que articula el funcionamiento y la integración de la banda, regula el lugar de cada individuo, sus derechos y sus obligaciones.

Cada banda controla un territorio definido, por el que se desplaza para obtener distintos recursos, en general siguiendo un ritmo estacional anual. En ciertas épocas pueden compartir espacios con otras bandas, donde obtienen algunos recursos en conjunto. Además, estos encuentros se utilizan para intercambiar bienes y, en especial, para acordar intercambios matrimoniales, donde cada banda entrega y recibe mujeres, y que contribuyen a establecer alianzas.

Su economía se sostiene en la obtención directa de recursos de la naturaleza a través de la caza, la recolección y la pesca, aunque la importancia y los modos en que se llevan adelante estas prácticas varían según las condiciones particulares del territorio. La producción artesanal, de carácter doméstico, se reduce a bienes de fácil transporte (herramientas, artefactos y utensilios necesarios) y adornos personales. No hay comercio, y los intercambios, regidos por el parentesco, se ajustan a reglas de reciprocidad.

Esas mismas condiciones regulan la amplitud y el ritmo de movilidad (nomadismo). En situaciones especiales, cuando existen abundantes recursos estables en un espacio reducido, las bandas pueden residir de modo más o menos permanente en un mismo lugar. Internamente, no presentan más diferencias sociales que las derivadas del sexo y la edad, criterios que también regulan la división del trabajo. No hay líderes o jefes formales y, aunque surjan individuos prestigiosos por sus habilidades personales (un cazador valeroso, un rastreador hábil o un shamán reconocido), sólo los ancianos, cabezas de las distintas familias, mantienen cierta autoridad para resolver conflictos internos o tomar decisiones colectivas, como el traslado del campamento o la venganza de una ofensa.

Las tribus

El número de miembros de las tribus, muy variable, depende de circunstancias particulares y, aunque mayor que el de las bandas, rara vez excede unos pocos miles de personas. Se trata de sociedades multicomunitarias, esto es, formadas por distintas comunidades o unidades sociales de base. Estas unidades se expresan en la presencia de cierta cantidad de asentamientos, aldeas o caseríos, no mucho mayores que los de las bandas aunque suelen ser más estables, y son raros los casos en que toda la población se concentra en una sola aldea.

El problema básico es la integración de esas comunidades en la unidad mayor que es la tribu, proceso en el cual el parentesco juega un papel central. Si, como en las bandas, cada comunidad forma un grupo de de parentesco real, este se extiende al conjunto de la tribu por medio de un sistema ampliado, que se expresa en una genealogía que conecta a los diferentes grupos o linajes mediante el reconocimiento de un lejano ancestro común. Como descendientes de ese ancestro, los linajes o comunidades son, en principio, iguales. La solidaridad entre los linajes es reforzada por otras instituciones voluntarias, como asociaciones guerreras, fraternidades religiosas o grupos de edad, que atraviesan de manera horizontal a las comunidades locales.

Su organización interna también es muy variable. Los jefes de los linajes, y a veces también las distintas asociaciones tienen gran peso en la vida social y política, aunque quienes ejercen ciertas funciones tribales carecen, en general, de una base económica suficiente y dependen de su prestigio y habilidades. En algunos casos puede constituirse cierta jerarquía de jefes tribales, e incluso alguna aldea puede llegar a funcionar como "capital". Sin embargo, más allá de esto, no se observan roles ni diferencias sociales hereditarias.

La economía tribal suele asociarse a prácticas hortícolas o agricultura simple, aunque en realidad puede abarcar un espectro amplio de actividades. La reciprocidad rige los intercambios cotidianos, si bien surgen formas más complejas, como la redistribución, que permiten a cada comunidad acceder a recursos que no encuentra en sus tierras, pero que existen en las de otra.

Las jefaturas

Las jefaturas (*chiefdoms*, en inglés) o señoríos eran entidades políticas regionales que aglutinaban a múltiples comunidades bajo la autoridad permanente de un jefe. A diferencia de los tipos anteriores, las jefaturas, que podían alcanzar una población de algunos miles de personas (incluso, a veces, decenas de miles), mostraban algún tipo de jerarquización social, expresada por la posición o rango elevados que ocupaban ciertos linajes y comunidades. El parentesco era crucial en la articulación de esas sociedades: la superioridad de ciertos individuos y linajes, así como las diferencias que emanaban de ella, estaban justificadas por la mayor o menor proximidad genealógica al jefe, cuyo linaje ocupaba el lugar más alto en el sistema de parentesco, y por ende, en la jerarquía social.

La estructura genealógica de cada jefatura, con su organización jerárquica de los linajes, derivó de condiciones históricas particulares, como antigüedad, ubicación, riqueza o prestigio. La superioridad del linaje del jefe provenía de su mayor cercanía genealógica respecto del fundador mítico, en especial a partir del principio de primogenitura.

Así, el jefe ocupaba un lugar central en todos los aspectos de la vida social, y su figura estaba rodeada de complejos rituales y ceremonias. Se reconocen al menos dos niveles en el ejercicio de la autoridad: los jefes de las comunidades locales y, por encima de estos, el jefe superior. El poder de este último dependía, sin duda, de la importancia de su linaje, pero también de su control sobre la producción y el intercambio de bienes, de sus capacidades y habilidades personales (incluidas las referidas a la guerra) y de una ideología útil para legitimar e institucionalizar las desigualdades que se manifestaban en el seno de la sociedad. También dependía de la fuerza guerrera (su séquito o seguidores) para defender los recursos de las comunidades bajo su mando. Hacia 1492, las jefaturas instaladas en distintas regiones del continente mostraban múltiples formas; sus dimensiones, actividades económicas, patrón de asentamiento y poderes y atributos de los jefes dependían de circunstancias históricas particulares.

Los estados antiguos

Los estados constituyeron la forma sociopolítica más avanzada alcanzada en el mundo americano prehispánico. Más extensos y con más población, los estados antiguos conservaban algunos rasgos de las jefaturas (rango, reglas suntuarias, distancia entre las comunidades, papel del líder), aunque con diferencias cualitativas significativas. Organizaciones políticas altamente centralizadas, la articulación de las comunidades que las integran no se expresa en extensos de sistemas de parentesco, aunque tales sistemas jueguen un papel central dentro de los distintos estamentos de la sociedad, sino que se asocia al territorio común en que viven. En ese territorio pueden coexistir distintos centros (desde grandes ciudades hasta aldeas) organizados en forma jerárquica, a menudo con funciones especializadas. Uno de ellos actúa como capital; allí suelen residir el rey o señor, su séquito o corte, y los altos funcionarios.

El rey, su linaje o los dioses a los que representa aparecen en última instancia como los propietarios de ese territorio; en tanto, las demás comunidades pierden su carácter de propietarias y, aunque a veces conservan algunos derechos, en la práctica se convierten en usufructuarias de esas tierras. La sociedad se divide en clases o estamentos claramente diferenciados, lo cual se expresa a través del acceso a determinados bienes suntuarios. El estado, expresión abstracta de esa unidad mayor, visible en la figura del rey o señor, se separa del resto de las comunidades, que deben contribuir, por medio de su trabajo o de tributos, a su sostenimiento y al de la elite gobernante. La apropiación de esos excedentes constituye la base material del poder del señor y del estamento gobernante.

Intermediario o representante único de las divinidades, a veces adorado como una divinidad, el señor ejerce un poder total asociado a la religión: encabeza la organización religiosa, encarnada en una jerarquía de sacerdotes, y dirige la administración del estado a través de una burocracia o jerarquía de funcionarios, reclutados en ambos casos dentro de la elite, cuya posición depende, en principio, de la voluntad del señor. También dirige la vida económica: regula el acceso a las tierras, organiza las actividades productivas, establece y recauda los tributos, redistribuye bienes y controla los intercambios a distancia, en especial de bienes con alto valor simbólico. En suma, el rey controla todos los resortes que aseguran la reproducción material y simbólica de la vida social y política. Asimismo, ciertos desarrollos culturales como el calendario, los sistemas de cómputo y registro, y los complejos sistemas teológicos expresados en mitos y rituales permiten, legitiman y facilitan tales controles.

primeros visitantes europeos denominaron "patagones". Las manifestaciones simbólicas expresaban la identidad étnica.

Las grandes distancias y los áridos espacios interiores obligaron a sus pobladores a concentrarse en los valles de los ríos patagónicos y en algunas partes de la costa, donde la presencia de agua hacía posible la vida. Los del norte fueron fundamentalmente cazadores terrestres, en tanto los del sur combinaron la caza con la pesca y la recolección de mariscos en la costa atlántica. El guanaco y el ñandú fueron fundamentales; también se capturaban otros animales menores, como el zorrino, buscado por su piel. La densidad de población, en general muy baja, así como la alta movilidad estaban determinadas por la distribución de los recursos, los ciclos estacionales y el movimiento de los animales. En algunos lugares protegidos, como el valle del río Chubut, se produjo una importante concentración de población; las ofrendas funerarias halladas sugieren diferencias de jerarquía entre los allí sepultados.

Más allá del Estrecho de Magallanes, en el interior de Tierra del Fuego, los onas (*selk'nam*), emparentados con los chonecas, desarrollaron formas culturales similares. En cambio, en las islas y canales vecinos, los yámanas (*yahgashaga*) y los alacalufes (*kawésqar*) representaban un modo de vida especializado, adaptado a un medio marino frío y riguroso. También denominados "canoeros", ajustaron su vida a los recursos del mar (recolección de moluscos, pesca con línea, caza de lobos marinos, nutrias y aves), continuando, aunque con variaciones, un modo de vida que se remontaba varios milenios atrás. Sin embargo, no desdeñaban los recursos terrestres, animales y vegetales, que podían obtener en las costas.

Las grandes canoas sobre las que virtualmente vivían, hechas con cortezas de árboles, y el uso del arpón fueron los elementos más significativos de su cultura. En cada canoa, donde se trasladaba toda una familia, ardía siempre un pequeño fuego sobre una base de tierra y piedras. Con las pieles de lobos marinos confeccionaban grandes mantos, guantes y polainas para protegerse del intenso frío de la región.

3. De la llegada al continente al surgimiento de las sociedades aldeanas

Hace veinte mil años, en plena época glacial, pequeños grupos de cazadores que marchaban hacia el Este, siguiendo el movimiento de los animales de caza, atravesaron, sin advertirlo, las tierras de Beringia, entonces un extenso puente terrestre que unía el extremo nororiental de Asia con América. Muchos milenios después, los descendientes de esos antiguos cazadores habían alcanzado el extremo meridional del continente y, en algunas zonas, habían transformado de manera radical su antiguo modo de vida: esos cazadores recolectores se estaban convirtiendo en agricultores aldeanos.

Los viajes de Cristóbal Colón, a fines del siglo XV, y las primeras exploraciones castellanas durante los años posteriores tuvieron un profundo impacto en las mentes europeas: el universo se amplió más allá de donde la imaginación medieval podía haber supuesto y, a medida que las nuevas tierras eran conocidas, los europeos tomaron conciencia de que se hallaban ante un mundo nuevo (para ellos). Numerosos interrogantes se plantearon entonces. Los mayores y más acuciantes se referían a los habitantes de esas nuevas tierras. ¿Quiénes eran esos seres que tanto se asemejaban a hombres y, sin embargo, tenían lenguas, costumbres y modos de vida tan distintos a los de Europa? ¿Eran realmente humanos? Si lo eran, ¿qué hacían en ese mundo aislado y lejano? ¿Cómo y cuándo habían llegado allí?

Los primeros americanos

El problema del origen del hombre americano, aún hoy motivo de acalorados debates, quedaba así planteado. Con el tiempo, participaron en las discusiones teólogos, juristas, filósofos, científicos o simples curiosos, y a menudo se entremezclaron la religión, la ciencia y la fanta-

sía. Fenicios, hebreos, egipcios, chinos e incluso extraterrestres fueron concebidos como ancestros de los americanos; no faltaron quienes los consideraran el resultado de una evolución independiente o, incluso, antecesores de toda la humanidad.

Los orígenes del problema

Hasta el siglo XIX, el pensamiento europeo, dominado por las ideas bíblicas, sólo consideraba verdaderos hombres a los descendientes de Noé y su prole, quienes luego del diluvio habían poblado la Tierra y dado origen a las naciones conocidas. Los otros, como las poblaciones negras del África, no eran considerados humanos, sino que formaban parte del amplio mundo animal o, al menos, se hallaban cerca de él. Inspirados en los textos bíblicos, los tempranos escritos sobre el origen de las poblaciones americanas establecieron algunas cuestiones básicas.

Carentes de base empírica, estas explicaciones se apoyaban en el texto bíblico y postulaban un origen único para toda la humanidad. De allí que, al aceptar que los pobladores del nuevo continente eran verdaderos hombres, postularan que habían llegado desde el Viejo Mundo en una época no muy lejana (la cronología bíblica establecía la creación del hombre entre 5000 y 6000 años atrás) e intentaban vincularlos con otros pueblos del Viejo Mundo a partir de semejanzas biomorfológicas, culturales o lingüísticas.

La búsqueda de explicaciones científicas, que recién se inició en la segunda mitad del siglo XIX, fue alentada por el auge de las ciencias naturales y las doctrinas evolucionistas que sometieron las formulaciones anteriores a una profunda crítica. El género *Homo* fue considerado el producto de una larga evolución y no una creación divina; en algún caso, como el de Florentino Ameghino, se propuso la evolución independiente del hombre en el Nuevo Mundo. Algunas de estas nuevas posturas fueron revisadas a comienzos del siglo XX, cuando se retomaron supuestos anteriores con el objetivo de explicar el poblamiento del continente a partir de datos arqueológicos y paleontológicos más sólidos. Pese a ello, hasta mediados de ese siglo las discusiones continuaban siendo, en buena medida, especulativas.

En las últimas décadas, todas estas preguntas fueron revisadas. Las investigaciones se desarrollaron de manera notable: se hicieron nuevos hallazgos y creció el número de sitios conocidos; se refinaron las técnicas de investigación; se alcanzaron nuevos métodos de datación absoluta como el Carbono 14, y sofisticadas metodologías de trabajo; se formularon y reformularon hipótesis y teorías. Algunas preguntas

encontraron respuesta, otras fueron descartadas y nuevos interrogantes esperan ser resueltos. En virtud de ello es que podemos hoy trazar, con cierta seguridad, las líneas generales de ese largo proceso.



Monte Verde y la antigüedad del poblamiento de América

Durante mucho tiempo, la arqueología estadounidense negó la validez de los hallazgos realizados en sitios anteriores a unos 12 000 años atrás, en especial en América del Sur, cuestionando con severidad los trabajos realizados. El primer sitio reconocido formalmente, en 1997, fue Monte Verde, en el litoral chileno, cuando el lugar fue visitado por especialistas entre los que se encontraban algunos de los investigadores más escépticos. En un acto paternalista, los visitantes dieron su aprobación a los trabajos realizados.

Estos, dirigidos por el arqueólogo estadounidense Thomas Dillehay, implicaron minuciosas excavaciones y largos períodos de trabajo de campo (foto). Los resultados, expuestos en dos gruesos volúmenes publicados en 1989 y 1997, abrieron enormes posibilidades a las investigaciones sobre el poblamiento temprano de América: condujeron a reconsiderar las ideas sobre la antigüedad del arribo del hombre al continente, que podía remontarse algunos milenios hacia atrás; y abrieron el camino para revisar la situación de otros sitios que reclamaban similar antigüedad evitando en el futuro descartar a priori todo hallazgo que la reclamara.



Tom D. Dillehay, *Monte Verde. Un asentamiento humano del pleistoceno tardío en el sur de Chile*, Santiago de Chile, LOM, 2004, fig. 7, p. 59

Los primeros pobladores del continente americano

Como nosotros, los primeros americanos pertenecían biológicamente a la especie *Homo sapiens*, que completó la ocupación de la ecúmene iniciada por sus remotos ancestros, *Homo ergaster* y *Homo erectus*, quienes un millón de años antes habían abandonado su hábitat africano. La expansión del hombre por el planeta fue un proceso largo y complejo: durante milenios, pequeños grupos se desplazaron lentamente ocupando todas aquellas regiones donde la vida humana era posible. Avanzaron así por distintas zonas de África, por el centro y sur de Europa y hacia el este por Asia, alcanzando las estepas centrales, la India, las llanuras de China y el extremo de Indonesia.

Esta temprana expansión respondió al crecimiento demográfico de esas poblaciones y a la necesidad de nuevos y más amplios territorios de recolección y caza. Más allá de eso, lo que les permitió romper la cadena que los ataba a su "nicho ecológico" original y adaptarse a otros, distintos y variados (de bosques y sabanas tropicales a praderas templadas y estepas frías) fueron sus logros tecnológicos y culturales, sus nuevas pautas de subsistencia y sus prácticas de vida social. El control del fuego resultó, en este sentido, fundamental para sobrevivir en las zonas más frías.

La adaptación a nuevos espacios requirió instrumentos adecuados a los recursos disponibles y nuevas formas organizativas. Las pautas de subsistencia africanas, donde la recolección de vegetales silvestres ocupaba un lugar central, junto con la captura de pequeños animales, eran poco útiles en los territorios más fríos del continente europeo. Escaseaban allí los recursos vegetales, aunque había grandes herbívoros que podían ser cazados; sin embargo, una economía basada en la caza de esos herbívoros requería formas de organización y cooperación social innecesarias, en cambio, para la recolección.

La posesión de tecnologías y habilidades más complejas le permitió al *Homo sapiens* alcanzar las regiones extremas del mundo euroasiático, atravesar el estrecho de Bering (entonces libre de aguas puesto que el nivel del mar había descendido debido a las glaciaciones) y comenzar la ocupación de las tierras americanas. Este proceso culminó algunos milenios más tarde, cuando alcanzaron el extremo meridional. La ocupación del continente americano y de áreas insulares en el confín occidental del océano Pacífico (islas de la Sonda, Australia y Nueva Guinea, que entonces formaban un solo continente) fueron los últimos grandes momentos de la expansión del género humano por el mundo.

El ingreso al continente americano

Los primeros pobladores llegaron del continente desde el extremo oriental de Siberia, atravesando el estrecho de Bering durante el último avance glaciar del Pleistoceno. El clima en todo el mundo era mucho más frío y húmedo que el actual, y la gran cantidad de agua retenida en los hielos continentales hizo descender el nivel de los mares alrededor de 130 metros. Como consecuencia, durante largos períodos una planicie libre de glaciares (de 500 kilómetros en sentido Este-Oeste y 2000 de Norte a Sur) unía Alaska con Siberia oriental, formando un verdadero puente terrestre entre ambos continentes.

Según los geólogos, ese puente alcanzó su máxima extensión hace 50 000 años y hace unos 20 000, tenía todavía una superficie de un millón de kilómetros cuadrados. Conocido como Beringia, se presentaba como una tundra cubierta de musgos, líquenes y juncos, donde vivía una rica fauna de mamuts, caballos, bisontes y caribúes, entre otros, que facilitaba la subsistencia de los cazadores recolectores, quienes se movían siguiendo las migraciones de los animales. Según los datos actuales, puede ubicarse el comienzo de esa entrada entre 18 000 y 20 000 años atrás, aunque es posible que futuras investigaciones modifiquen tales estimaciones.

Se han propuesto, también, otras vías de entrada de grupos humanos al continente. Por una parte, se habló de migraciones por el Pacífico e incluso se supuso un movimiento de gente desde Australia, cruzando parte de la Antártida. No obstante, los testimonios arqueológicos de tales migraciones son débiles o inexistentes. Por otro lado, a partir de similitudes entre algunos instrumentos del noreste de América y de la industria solutrense europea, desaparecida hace unos 19 000 años, antropólogos estadounidenses plantearon, sin descartar la vía de Bering, la posibilidad de que grupos humanos de Europa suroccidental hayan atravesado el Atlántico siguiendo el borde sur de la gran masa glaciar que cubría los territorios septentrionales de ambos continentes. Argumentan que los cazadores solutrenses estaban bien equipados para enfrentar las bajísimas temperaturas de esas latitudes. No obstante, faltan aún pruebas sólidas que avalen esta hipótesis.

La larga marcha a través del continente

El desplazamiento de esos cazadores hacia el Sur se realizó por varias vías. Desde Bering, siguiendo el corredor terrestre que, al este de las Rocallosas, separaba los glaciares cordilleranos del casquete helado que cubría la mayor parte del actual Canadá, alcanzaron las estepas herbáceas del centro de América del Norte, donde el clima era más benigno

y abundaban los grandes herbívoros. Ese corredor, que unía el interior de Alaska con las estepas centrales, estuvo libre de hielos cuando las condiciones eran menos frías; sin embargo, recorrerlo no era sencillo y sólo pudo hacerse en algunos momentos puntuales. Por este motivo, otros investigadores propusieron como alternativa la costa del Pacífico de América del Norte que, al parecer, estuvo libre de hielos. Allí, debido al retiro de las aguas, es posible que se haya formado una franja costera transitable para esos cazadores que, además, podían aprovechar recursos marinos. No obstante, a fines del Pleistoceno las aguas volvieron a cubrir esas tierras, y ocultaron así los restos que esas poblaciones habrían dejado a su paso.

Mientras algunos grupos se expandían por las estepas y praderas de América del Norte, otros siguieron camino hacia el Sur recorriendo América Central hasta alcanzar el territorio sudamericano, y dejaron huellas de ese paso temprano en el actual territorio mexicano. Ya en América del Sur, los grupos se dividieron: unos siguieron hacia el Sur por el corredor andino; los testimonios de su marcha aparecen en sitios arqueológicos de Colombia, Perú y Chile. Otros, en cambio, se desplazaron hacia el Este y el Sur, moviéndose por las costas colombianas y venezolanas del Caribe hasta alcanzar las actuales Guayanas y las tierras nororientales de Brasil, donde su paso quedó testimoniado en abrigos rocosos de la región, como Pedra Furada. Las condiciones ambientales de este territorio, distintas de las actuales, favorecían el movimiento de pequeñas comunidades pues el clima era menos caluroso y húmedo, las selvas se habían reducido en superficie, y su lugar era ocupado por praderas y sabanas abiertas. Este camino habrían seguido los grupos que alcanzaron el extremo sur del continente, pues los que avanzaban por la zona andina deben haber sido detenidos por los glaciales que cubrían los Andes patagónicos.

Los restos conservados ponen de manifiesto que esos primeros americanos tenían un profundo conocimiento de las condiciones de los medioambientes en que vivían, poseían tecnologías adecuadas para obtener y utilizar los recursos allí disponibles, habían desarrollado estrategias de subsistencia complejas que incluían amplios circuitos de movilidad estacional en territorios extensos para aprovechar distintos nichos ecológicos, y disponían de medios de expresión simbólica, como lo muestran manifestaciones plásticas, pinturas rupestres y petroglifos, entre otras. En espacios extensos, como el territorio patagónico-fueguino, se observan desde temprano diferencias locales en la producción de instrumentos, el uso de los recursos y el arte rupestre, aunque también

semejanzas, relacionadas con la existencia de contactos y la circulación de información entre distintas comunidades del extenso territorio.

Esas poblaciones, anatómicamente modernas pues pertenecen a la especie Homo sapiens sapiens, acumularon a lo largo de milenios una considerable experiencia y enormes conocimientos como resultado de su vida en diversos paisajes, climas y situaciones. Además, adquirieron una notable habilidad tecnológica para adaptarse a condiciones naturales cambiantes y diversas. De otro modo, no habrían sobrevivido. Por eso, cuando llegaron al extremo sur del continente americano, esos primeros pobladores no tenían ya nada de "primitivos", como tantas veces se los considera. Tampoco lo eran al entrar en América.

En cuanto a la estructura social, estaban organizados en pequeños grupos igualitarios de entre veinticinco y cincuenta individuos, emparentados entre sí y sin otras diferencias que las determinadas por el sexo y edad. Esos grupos o bandas gozaban de relativa autonomía y no reconocían autoridad superior. Explotaban el medio natural utilizando herramientas de piedra, hueso y madera, y su alimento provenía de la recolección de plantas y de la caza de animales terrestres y acuáticos, incluida la captura de peces y mariscos. La caza de algunos de los grandes mamíferos del Pleistoceno, como el mamut y el mastodonte, era una empresa difícil y peligrosa, por lo que muchos estudiosos suponen que, en estos casos, era posible que aprovecharan restos de animales muertos por causas naturales o por la acción de otros depredadores, actividad a la que se denomina "carroñeo".

En esas condiciones, la ocupación humana del continente fue una experiencia larga, complicada y no siempre exitosa: el asentamiento en un territorio nuevo requirió el esfuerzo de muchas generaciones desde el momento en que los primeros individuos entraron en él. Esa entrada no siempre era intencional ni suponía largos desplazamientos: a veces, simplemente, la disminución de las presas posibles o el aumento del número de individuos de la banda impulsaban a algunos cazadores a alejarse tras las presas o a buscar nuevos territorios de caza. La exploración había comenzado; si era exitosa, otros individuos seguirían el camino hasta que algunos se instalaran en las nuevas tierras.

En síntesis, cruzar América de un extremo al otro constituyó para esos cazadores recolectores un viaje prolongado y arduo. Sus ancestros ya habían atravesado Siberia antes de cruzar Beringia, lo que les demandó crear formas apropiadas de vivienda y vestimenta para soportar el frío. Sus descendientes, que se adaptaron con éxito a las condiciones de vida de las llanuras de América del Norte, tuvieron que aprender a

subsistir en las selvas centroamericanas, los altiplanos andinos, las praderas templadas y las estepas frías del Sur. Esa experiencia, acumulada y transmitida de generación en generación, era su mayor capital cuando alcanzaron el extremo sur del continente.

Para esa época, es decir, entre 14 000 y 9000 años atrás (c. 12 000 y 7000 a.C.), florecían en el continente grandes culturas cazadoras que en muchos aspectos recuerdan a las del Paleolítico superior europeo, en especial debido a sus puntas de proyectil cuidadosamente talladas. Las más conocidas, como las de Clovis y Folsom, provienen de América del Norte, aunque se las encuentra en todo el continente. Entonces, una serie de cambios medioambientales producidos por el fin de las glaciaciones transformó profundamente la vida de esas primeras comunidades.

Los preludios de un gran cambio

A pesar de los avances logrados por el hombre, a comienzos del Holoceno, entre 10 000 y 8000 años atrás (c. 8000 a 6000 a.C.), las formas básicas de subsistencia seguían siendo, en esencia, las mismas que en los comienzos. Todos los grupos practicaban alguna forma de caza, recolección y pesca, aunque la importancia de una u otra actividad variaba según los recursos que el medio les brindaba, y se habían desarrollado tecnologías adecuadas para explotarlos de modo cada vez más intenso y efectivo. Las condiciones en que se practicaban esas actividades habían cambiado en numerosas ocasiones: la alternancia de períodos fríos y cálidos con el consecuente avance y retroceso de los hielos, o de temporadas más secas y épocas de alta humedad incidían en la flora y en la fauna y, en consecuencia, en los medios de supervivencia de los cazadores recolectores. El éxito en la obtención de alimentos dependía de sus habilidades, de sus conocimientos sobre el medio, de la eficacia de sus técnicas, armas y utensilios, y de su ductilidad para acomodarse a situaciones imprevistas.

El final de la Edad del Hielo

El fin de las glaciaciones fue un proceso largo y complejo que se prolongó a lo largo de cuatro milenios. Durante ese tiempo y con algunas fluctuaciones, el clima se volvió cada vez más cálido, y también más seco en algunas regiones. Salvo en los extremos sur y norte del continente, o en las más altas montañas, los grandes glaciares se redujeron en superficie hasta desaparecer; ese deshielo causó el ascenso del nivel de

las aguas de los océanos. Muchas tierras fueron cubiertas por las aguas, otras quedaron separadas de los continentes, las direcciones de los vientos cambiaron, las franjas climáticas se desplazaron y se acentuaron los contrastes entre regiones. Los cambios ambientales modificaron los recursos de caza: los grandes herbívoros se fueron extinguiendo (también incidió la sobre explotación de algunas especies) y otros animales cambiaron de hábitat.

Las comunidades humanas tuvieron entonces que reacomodar sus actividades económicas y diversificar e intensificar el uso de los recursos disponibles, desarrollando nuevas tecnologías y modificando su movilidad. Reducidas sus posibilidades, esos cazadores especializados del Pleistoceno comenzaron a atrapar una mayor variedad de animales de menor porte y ampliaron la recolección de vegetales. En las áreas más secas, como la Gran Cuenca en América del Norte o el centro y norte de la actual Argentina, por ejemplo, donde las grandes piezas de caza se volvieron escasas, adquirió importancia la recolección de semillas. En cambio, otras poblaciones, como las que vivían cerca del litoral marítimo, intensificaron la pesca, la recolección de mariscos y moluscos, y la caza de mamíferos marinos, que complementaron con recursos terrestres, como sucedió en parte de la costa del Pacífico.

En síntesis, como había ocurrido en el continente euroasiático, las economías cazadoras especializadas, esto es, basadas en la caza intensiva de un número reducido de especies de alto rendimiento, dieron paso a economías de amplio espectro, que desplegaban múltiples actividades y explotaban un conjunto variado de recursos animales y vegetales. En este contexto, algunas comunidades comenzaron a experimentar con la domesticación de ciertas plantas y, en los Andes centrales y centromeridionales, de varios animales. Sin embargo, durante mucho tiempo plantas y animales domésticos sólo constituyeron el complemento de una economía que dependía de la caza y la recolección.

La producción de alimentos y la Revolución Neolítica

La domesticación de plantas y animales fue uno de los grandes avances en la historia humana, pues transformó las estrategias de subsistencia y sentó las bases para el surgimiento de un nuevo tipo de sociedad. En efecto, algunas comunidades comenzaron a producir sus recursos, o al menos una parte de ellos: en contacto permanente con animales y vegetales silvestres de su entorno, aprendieron que las plantas podían ser cultivadas y los animales mantenidos en cautiverio para sacrificarlos cuando fuera necesario, y que podían seleccionar las variedades más

adecuadas para favorecer su reproducción. De ese modo, comenzaron a intervenir en el proceso de selección natural generando cambios genéticos que, con el tiempo, dieron lugar a nuevas variedades y especies, que hoy denominamos "domésticas".

La producción de alimentos implicó el paso de una economía de apropiación, basada en la caza y la recolección, a otra que se sustentaba en la producción. Esta nueva economía constituyó la base de la llamada "Revolución Neolítica", expresión impuesta por Vere Gordon Childe en la década de 1930. Este proceso, lento y gradual, se extendió a lo largo de varios milenios resultó de la acumulación de pequeñas transformaciones, pero no significó el reemplazo rápido de una economía por la otra.

Sus efectos, en cambio, fueron revolucionarios: mayor estabilidad en la provisión de alimentos, posibilidad de un excedente acumulable, aumento de la población, asentamiento en aldeas permanentes, división del trabajo, especialización económica, mayor complejidad social, disponibilidad de tiempo libre que permitía desarrollar tecnologías más complejas... Es en este sentido que Childe usaba el término "revolución".

La producción de alimentos se inició hacia la misma época, es decir en los primeros milenios del período postglacial, y de modo independiente en varias regiones del mundo. El proceso más antiguo y conocido tuvo lugar en el sudoeste asiático y el Mediterráneo oriental. Otros centros tempranos fueron las planicies vecinas a los grandes valles fluviales de China y las tierras cálidas del sudeste asiático. En el continente americano se desarrolló de modo independiente en algunas zonas del actual territorio mexicano y en los Andes centrales, donde el proceso parece haberse puesto en marcha entre 7000 y 5000 a.C., así como en las selvas cálidas situadas al oriente de la cordillera andina. Pese a su contemporaneidad y a algunos rasgos comunes, tuvo rasgos particulares en cada una de esas regiones e incluso, como veremos, entre distintas zonas de una misma región.

Los agricultores americanos

El origen de la agricultura americana generó apasionados debates entre los estudiosos del tema. Algunos, desde posiciones difusionistas, sostenían que la agricultura había sido importada del Viejo Mundo: originaria del Asia sur occidental, se habría extendido hasta el extremo oriental de Asia y la Polinesia para alcanzar las costas americanas a partir del tercer milenio antes de Cristo, desde donde se habría expandido al resto del continente. Para otros, era el resultado de un proceso independiente, sin conexión con el mundo euroasiático, aunque relativamente reciente. Sin el apoyo de sólidas investigaciones arqueológicas, ambas posiciones eran especulativas

Los núcleos iniciales de producción de alimentos en América
Varios sitios arqueológicos localizados y trabajados en las últimas décadas en Mesoamérica y en los Andes centrales atestiguan los inicios de la producción de alimentos en el continente americano. Las cuidadosas investigaciones realizadas mostraron que las primeras experiencias con cultivos se remontan, quizás, a antes de 7000 a.C., es decir, son casi contemporáneas de los primeros restos de Viejo Mundo.



En el actual territorio mexicano ese inicio está documentado en sitios como el valle árido de Tehuacan en Puebla, la sierra de Tamaulipas al nordeste de México y el valle de Oaxaca. En el actual Perú, los inicios del cultivo aparecen en la Cueva Guitarrero (al norte del Callejón de Huaylas) y en abrigos y cuevas de la región de Ayacucho donde, al igual que en la puna

de Junín, más al sur (Telarmachay), están documentados los primeros pasos de la domesticación de camélidos, rasgo característico de los Andes centrales Es problable que otro núcleo independiente se desarrollara en las selvas cálidas situadas al oriente de la cordillera andina

Los descubrimientos realizados en las últimas décadas respaldan la segunda tesis, aunque remontan sus inicios más atrás en el tiempo. Los hallazgos arqueológicos en los actuales territorios de México y Perú mostraron que las primeras experiencias con cultivos son casi contemporáneas de los primeros restos del Viejo Mundo. No habría habido, pues, tiempo suficiente para largos procesos de difusión.

Los inicios de la agricultura en Mesoamérica

En el continente americano esos primeros testimonios de plantas cultivadas aparecen en el contexto de los cambios que se producían a comienzos de la era postglacial. En efecto, entre hace 7000 y 5000 a.C., los pobladores del valle mesoamericano de Tehuacan subsistían a partir de la recolección de vegetales silvestres, aunque habían comenzado a domesticar al menos tres plantas: un tipo de calabaza, chile (ají) y aguacate (palta). En Tamaulipas, los pobladores contemporáneos vivían también de la recolección de plantas silvestres, aunque cultivaban al menos dos tipos distintos de calabaza. En Oaxaca, los ocupantes de la cueva Guilá Naquitz dejaron, entre otros muchos restos vegetales, pequeños frijoles negros y cáscaras, polen y semillas de calabaza, fechados hacia 7400 a.C. Estos frijoles podrían ser silvestres, pero las calabazas marcan el comienzo del cultivo en ese valle.

A partir de 5000 a.C., el inventario de las plantas cultivadas se incrementó y creció su participación en la dieta. Los pobladores del valle de Tehuacan incorporaron otros cultivos, entre ellos el maíz, que llegó a ser el principal componente de la dieta mesoamericana y, a fines de esta fase, alrededor de 3500 a.C., ya disponían de varios tipos de calabazas, ajíes, frijoles, amaranto, aguacates y zapotes. En la misma época, en Tamaulipas existían ya varios cultivos: faltaba el maíz, introducido muy tarde, pero había calabazas, chile, frijoles y amaranto. Hallazgos aislados en otros sitios refuerzan este modelo general.

Un milenio y medio después, hacia 2000 a.C., el cultivo constituía ya, en buena parte de Mesoamérica, la base de la alimentación; además, se afirmaba la tendencia al sedentarismo, se había introducido la cerámica y se cultivaba el algodón. En síntesis, más allá de variantes locales o diferencias cronológicas, el proceso general muestra que, tras

un largo período de aprovechamiento de los ancestros silvestres del maíz, el frijol, la calabaza y otros vegetales, los cazadores recolectores del Tehuacan, Tamaulipas y Oaxaca, por nombrar sólo algunos, empezaron a cultivarlos, manteniendo patrones de alta movilidad. Al principio, se trataba del complemento de una dieta basada en la recolección de vegetales y, en menor medida, de la caza. Luego, el cultivo ocupó un lugar cada vez más importante y se acentuó la tendencia a establecer asentamientos estables. En ese contexto, la agricultura ya era capaz de propiciar una activa vida en aldeas.

Los inicios de la producción de alimentos en los Andes centrales

En el actual Perú, los hallazgos realizados en la Cueva Guitarrero (en un pequeño valle al norte del Callejón de Huaylas) y en algunos abrigos y cuevas de la región de Ayacucho muestran que, hacia 7000 a.C. y quizás antes, sus ocupantes ya cultivaban. En la primera se obtenían porotos y ají hacia 6500 a.C., aunque es posible que los cultivos existieran desde al menos 8000 a.C. Además, los ancestros silvestres de estas especies son nativos de las cálidas y húmedas laderas boscosas orientales, de donde deben haber sido traídos a la sierra.

En Ayacucho, los primeros testimonios de cultivo, algo más tardíos, provienen de la cueva Pickimachay, donde se hallaron, junto a huesos de animales y abundantes semillas silvestres, cáscaras de calabaza, semillas de quínoa domesticada y zapallo común. Al parecer, también se dieron entonces los primeros pasos hacia la domesticación del *cuy* o conejito de Indias. Hacia 3000 a.C., los pobladores de Ayacucho ya cultivaban algo de maíz, papas, calabazas, frijol común, lúcuma, quínoa y probablemente coca. Además, utilizaban plantas silvestres y comían carne de cuy, ciervos y camélidos americanos.

Es probable que algunos de esos camélidos estuvieran ya en proceso de domesticación, un rasgo que diferencia a la región andina de Mesoamérica. Las investigaciones realizadas en abrigos rocosos en la alta puna en torno a Junín, como Telarmachay, indican que, hacia 4000 a.C, llamas y quizás alpacas eran mantenidas en recintos o corrales.



Telarmachay y la domesticación animal en los Andes

En Telarmachay, abrigo rocoso en la puna de Junín, a 4500 metros de altitud, los cazadores que, entre hace 7000 y 7000 años, visitaron estacionalmente el lugar dejaron gran cantidad de restos óseos Al comienzo

los camélidos salvajes representaban casi el 65% de la caza, pero esa proporción ascendió y, hacia 2500 a.C., constituía casi un 90% entre ejemplares salvajes y domésticos. Los restos exhiben una especialización en la caza de camélidos, más gregarios y con movilidad más regular, hábitos que facilitaban su captura y caza. Además, controlando la cantidad de piezas cazadas y protegiendo a hembras preñadas y animales jóvenes, los cazadores se aseguraban una fuente regular de alimentos.
Luego, abruptamente, aumentan los restos de individuos muy jóvenes e incluso fetos, tal vez porque, capturados y mantenidos en corrales, los camélidos más jóvenes eran los más afectados por el hacinamiento y la falta de higiene. Por último, el hallazgo de restos de alpaca y llama, especies domésticas, que datan de 4000 a.C. aproximadamente, señala que el proceso de domesticación se había completado casi en su totalidad.

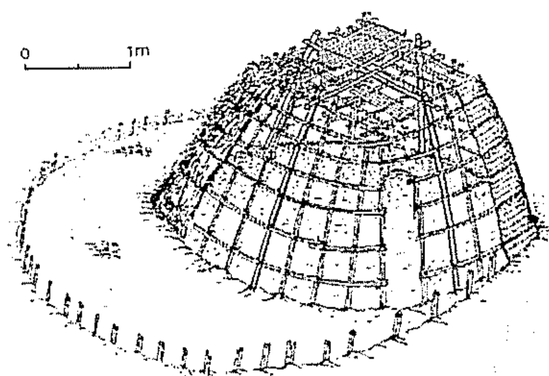
Hasta entonces, los pobladores que habitaban las altas planicies (a veces a más de 4000 metros de altura) todavía eran esencialmente cazadores pues, salvo algunos tubérculos, escaseaban los recursos vegetales comestibles. Allí, la vida humana había dependido de la caza de mamíferos salvajes como vicuñas, guanacos y *tarucas* o ciervos andinos. Tras varios milenios de convivencia con esa fauna local, los tempranos cazadores avanzaron en la domesticación de unas pocas especies, como el cuy y camélidos del género *Lama*, llama y vicuña, por lo que finalmente se convirtieron en pastores. Asimismo, es posible que las tierras altas meridionales hayan sido también un núcleo independiente de domesticación de esos animales pues, en la vertiente occidental de la Puna, en el curso medio del río Loa y en sitios ubicados al norte de San Pedro de Atacama, existen indicios de prácticas de pastoreo y domesticación, que se ubican entre 5000 y 3000 a.C.

En los valles costeros del Perú, en cambio, las primeras experiencias hortícolas tuvieron lugar más tarde que en la sierra, quizá desde los inicios del cuarto milenio antes de Cristo, y en un contexto de comunidades centradas en el aprovechamiento de los recursos del mar. Aldeas de pescadores y recolectores de productos marinos aprovechaban las tierras cercanas a los ríos (y la humedad dejada por las crecidas) para cultivar vegetales que reforzaban la dieta. No obstante, fueron los productos del mar (peces, moluscos y mariscos, aves y mamíferos marinos) los cuales, al brindar una provisión segura, abundante y estable de alimentos, hicieron posible la temprana sedentarización de estas comunidades.

Este modo de vida se vuelve evidente en un conjunto de aldeas costeras, cuya vida se remonta, en algunos casos, hasta alrededor de 5000 a.C. Las más conocidas son Paloma y Chilca, en el valle de Chilca, en la costa central del actual Perú. El crecimiento del cultivo que se verificó en la costa a partir de 3000 a.C. se vinculó con la expansión del algodón, destinado principalmente a fabricar cordeles y redes que permitieron intensificar la pesca. Igual función cumplió la del cultivo de la calabaza vinatera o mate (*Lagenaria vulgaris*) que, una vez seca, era empleada como flotador o boya.

La aldea de pescadores de Paloma

En el valle de Chilca, la aldea de pescadores de Paloma llegó a cubrir una superficie de 15 hectáreas. Ocupado desde c. 5000 a.C. como campamento transitorio, devino pronto en asentamiento sedentario y se mantuvo durante casi cuatro milenios. El mar fue su principal fuente de alimentos. Pequeños pescados, como anchoas y sardinas, ocupaban un lugar central en la dieta y para obtenerlos elaboraban de redes, líneas, pesas, canastas y anzuelos. En las lomas recolectaban vegetales –algunos eran usados como combustible–, cazaban pequeños animales y recogían caracoles de tierra. Más tarde, llegaron a practicar algunos cultivos, como porotos y dos tipos de calabazas, uno de los cuales, la calabaza vinatera, servía para hacer flotadores para las redes de pesca.



Las viviendas de la aldea –llegó a tener unas 100– eran simples, redondas y en forma de cúpula, construidas con haces de juntos sujetos a un marco de cañas o varas curvadas que se unían en la parte superior, a veces

suplementado con costillas de ballena. Esas casas servían como habitación y también como lugares de entierro para los miembros de la familia.

Ilustración: Danièle Lavallée, *The First South Americans. The Peopling of a Continent from the Earliest Evidenceo High Culture*, Salt Lake City, The University of Utah Press, 2000, fig. 18, 2, p. 128.

En síntesis, aunque con características propias, al igual que en el Viejo Mundo algunas regiones americanas vivieron un intenso período de experimentación agrícola que se prolongó a lo largo de tres o cuatro milenios. Durante ese tiempo, se incrementó el número de cultivos, aumentó su incidencia en la dieta, se lograron las primeras especies híbridas y, en las tierras andinas centro-meridionales, se afirmó la domesticación de las llamas. Sin embargo, hacia 3000 a.C., la agricultura aún era una actividad secundaria y, quizá con excepción de la costa peruana (donde los recursos marinos eran abundantes y estables), todos esos grupos practicaban alguna forma de nomadismo estacional.

La época anterior a 3000 a.C. parece haber sido un verdadero período de transición en la evolución que conduce de las bandas de cazadores recolectores a las comunidades aldeanas neolíticas. La cerámica, asociada al neolítico, estuvo ausente durante casi toda esa época, aunque es probable que ya se la fabricara en las tierras bajas de la vertiente oriental de los Andes. Los primeros testimonios datan recién de la segunda mitad del cuarto milenio antes de Cristo en Valdivia, Ecuador y en la costa colombiana del Caribe.

La vida de las comunidades aldeanas

Como resultado de esos procesos, hacia comienzos del tercer milenio antes de Cristo vivían en distintos medioambientes de Mesoamérica y los Andes centrales comunidades que basaban su subsistencia en la producción de alimentos. Unas eran ya sedentarias; otras estaban en camino de serlo. Ocupaban aldeas o caseríos permanentes o semipermanentes y, aunque a veces debían migrar debido a sequías o agotamiento de las tierras, por ejemplo, permanecían la mayor parte del año en un mismo lugar. Una excepción eran las comunidades de la costa peruana y el norte de Chile que desde tiempo atrás vivían en aldeas permanentes, aunque su economía se basaba en los productos del mar.

Más numerosas que las bandas de cazadores recolectores, esas comunidades agrícolas rara vez pasaban de unos pocos miles de personas; no había diferencias sociales significativas, salvo las vinculadas al prestigio

personal, y carecían de organización política centralizada. Las relaciones de parentesco, fundamentales en su organización social, definían el lugar del individuo respecto a los demás miembros del grupo, así como sus obligaciones y derechos. Los lazos derivados de matrimonios entre miembros de distintos linajes y comunidades regulaban relaciones, legitimaban vínculos y alianzas, facilitaban la circulación de personas y hacían posible el funcionamiento de redes de intercambio que vinculaban distintas regiones.

Aunque todas compartían un modo general de vida, existían importantes diferencias. Los asentamientos agrícolas, a diferencia de los cazadores, tendieron a radicarse en ambientes específicos donde tenían sus viviendas y sus tierras de cultivo, usando los alrededores para cazar y recolectar. Se vieron así compelidos a adaptarse a un medio particular, con características y recursos específicos, lo cual generó diferencias entre los habitantes de los distintos ambientes. Junto a los rasgos del medio, la facilidad de comunicaciones y el acceso a redes de intercambio jugaron un papel central en tal diferenciación. De esas circunstancias dependió la centralidad de cada actividad económica, el carácter de las prácticas agrícolas y del uso del suelo, el modo de asentamiento y el grado de autonomía económica.

El desarrollo de ciertas técnicas (algunas, ya conocidas, fueron perfeccionadas, y surgieron otras nuevas) cambió la vida de esos aldeanos. Se fabricaron entonces bienes de mejor calidad a partir tanto de materias primas locales como importadas. Tales piezas eran utilizadas para uso doméstico o para actividades rituales y ceremoniales. Así, se extendió el pulimento de los artefactos de piedra, se desarrolló la alfarería, se mejoraron la cestería y el hilado, el trabajo de la madera y el hueso, y los textiles.

En ambas regiones, la diversidad medioambiental brindaba gran variedad de recursos, pero, debido a su desigual distribución, era difícil para las comunidades sobrevivir sólo con los bienes obtenidos de su propio hábitat, por lo que fue necesario buscar en otras partes productos imprescindibles o proveerse de ellos mediante intercambios. El incremento de la población, el creciente sedentarismo y la adaptación a medios ecológicos específicos acentuaron esta necesidad, y se intensificó la circulación de productos. Esta extensión de las redes de intercambio generó una intensa dinámica cultural, pues con los bienes circulaban ideas, técnicas, creencias y prácticas sociales.

El conocimiento (aunque incompleto e indirecto) de las creencias e ideas de esos aldeanos debe inferirse de sus expresiones materiales y de los testimonios de sus actividades rituales y ceremoniales: los entierros

de los muertos, los objetos usados en tales prácticas, las características de los lugares en que se realizaron. En un mundo social dominado por las relaciones familiares y los lazos derivados del parentesco, los rituales y ceremonias tenían lugar, ante todo, en el ámbito doméstico. Así ocurría con las prácticas vinculadas al mundo de los muertos, expresadas en tumbas e inhumaciones. El cuidado en el tratamiento de los muertos se relacionaba con el culto de los ancestros o antepasados, práctica antigua y muy difundida, vinculada a la vez con la importancia del parentesco como articulador de la vida de las comunidades, y garante de su unidad y continuidad.

4. Los inicios de un nuevo orden social (c. 3000 a.C.-800 a.C.)

Desde el año 3000 a.C. aproximadamente, el avance de la producción de alimentos, el aumento sostenido de la población y el afianzamiento de las aldeas impulsaron el surgimiento de una nueva forma de vida denominada "neolítica" en los Andes centrales y en Mesoamérica. Los hombres afirmaron sus conocimientos y el control sobre el medio ambiente, generaron nuevas relaciones de producción y consolidaron formas más complejas de vida social y cultural. En ese largo proceso se desarrolló la especialización económica y emergió la desigualdad social.

En este período, de manera paulatina y con diferencias locales y regionales, la producción de alimentos y la vida aldeana se afirmaron en los Andes centrales y en Mesoamérica. Ambas regiones (en adelante escenario principal de nuestra historia) se definieron como grandes áreas culturales, esto es, vastos espacios donde una población alcanzó formas específicas de vincularse con el ambiente, de asentarse y utilizar los recursos, de relacionarse entre sí y con otras poblaciones, de ver, percibir y representar la naturaleza, el mundo de lo sagrado y la vida social y política.

Las características geográficas y medioambientales de cada región ayudan a explicar algunas cuestiones centrales de sus historias. No obstante, aunque ese medio ambiente ofrecía posibilidades y obstáculos, los hombres no eran sujetos pasivos; aprovechar sus recursos o superar esos obstáculos implicaba actuar sobre él y para eso era necesario conocerlo, alcanzar tecnologías adecuadas y formas de organización eficientes. Así, la relación de los hombres con su entorno puede caracterizarse como dialéctica.

Mesoamérica y los Andes centrales: espacios de diversidad y contrastes

Mesoamérica y los Andes centrales fueron los escenarios de un rico proceso histórico que condujo a la conformación de formas complejas de organización económica, social y política, al avance del conocimiento y a la elaboración de sofisticados sistemas simbólicos. La primera, que abarcaba gran parte de los actuales México, la totalidad de Guatemala y Belice, y parte de Honduras y El Salvador, ofrecía paisajes imponentes dominados por elevadas mesetas y grandes volcanes nevados, donde terremotos y cataclismos volcánicos eran algo cotidiano. La segunda, los Andes centrales, constituía una larga franja paralela al Pacífico que cubría la porción de la cordillera andina del extremo sur de Ecuador, Perú y Bolivia. Región de profundos contrastes ambientales, presentaba un verdadero mosaico de bosques, estepas, selvas, arenales, lagos con rica fauna, lagos de sal muertos, valles, grandes ríos e inmensas cordilleras, cuya combinación confería a cada parte su peculiar identidad.

Los hombres y su ambiente

La vida no fue fácil en estas regiones. La mayor parte eran montañas y altas planicies donde las tierras cultivables escaseaban, se extendían de modo desigual y estaban expuestas al deslave y la erosión. Las altas montañas detenían las nubes cargadas de humedad y provocaban la desigual distribución de las lluvias: el agua, exigua en muchas partes, era excesiva en otras, por ende, las inundaciones resultaban tan peligrosas como las sequías. Cada porción de tierra apta debía ser trabajada con esmero; debido a ello, la agricultura se desarrolló a través de complejos mecanismos tecnológicos y sociales para aprovechar la mayor cantidad de especies, aumentar su rendimiento a través de la hibridación, crear tierra cultivable mediante terrazas o andenes, campos elevados y camellones, controlar el agua a través del riego, y regular y organizar el trabajo colectivo para el cultivo y la ejecución de estas obras.

El agua era primordial: un arroyo o un pozo constituían la diferencia entre la abundancia y el hambre; las fuentes de agua, codiciadas por quienes no las tenían, eran ferozmente defendidas por sus poseedores. En las tierras altas, las corrientes de agua dependían del deshielo de las montañas cercanas, y las escasas lluvias, reducidas al verano (entre mayo y octubre en Mesoamérica; entre noviembre y abril en los Andes), sólo permitían una cosecha anual. El riego, aun a pequeña escala, resultaba fundamental y, aunque la configuración del terreno y la falta de grandes ríos permanentes limitaron el desarrollo de ingentes sistemas hidráulicos, pequeños diques y canales se extendieron por doquier, lo cual permitió que se obtuviera más de una cosecha anual. Sistemas más grandes sólo fueron posibles cuando surgieron estados capaces de disponer, controlar y organizar grandes contingentes de mano de obra. En cambio, en las tierras bajas orientales, es decir, la extensa llanura costera del golfo de México y el piedemonte andino cercano a la cuenca amazónica, la existencia de grandes ríos y las abundantes lluvias volvían innecesaria la irrigación: el problema aquí era el exceso de agua, no su carencia.

Ambos territorios mostraban fuertes contrastes y múltiples paisajes que delineaban un complejo mosaico. Leves cambios en el clima, los suelos o los accidentes del relieve determinaban la formación de distintos ambientes y nichos ecológicos, a veces en un mismo valle. Esa variedad contribuyó a la cohesión social: ninguno, salvo quizás en algunas zonas de la costa peruana, podía ser autosuficiente, y los intercambios fueron esenciales desde los comienzos de la vida aldeana, a partir de lo cual se formaron vastas redes de circulación que ya funcionaban en el segundo milenio antes de Cristo. Por ellas circularon hombres, productos e ideas; de hecho, la unidad cultural de ambas áreas se forjó a partir de esa temprana integración.

En ambas regiones, las tierras altas fueron el eje organizador del territorio. Allí estaban los principales bolsones de población y, excepto algunos centros costeros en Perú y las ciudades mayas de las tierra bajas de Mesoamérica, en ellas estuvieron también los grandes centros de la vida social y política: Cuicuilco, Teotihuacan, Xochicalco, Tula, Cholula, Tenochtitlan, Monte Albán, Mitla y Kaminaljuyú en Mesoamérica; Chavín de Huántar, Pucara, Tiwanaku, Wari y Cuzco en los Andes.

Mesoamérica

Tres altas mesetas articulaban las distintas partes de la región. La primera, la meseta central, fue la de mayor relevancia económica y política. Su imagen recuerda las pirámides que construían sus pobladores: una alta plataforma por encima de los 2100 metros de altura, que incluía las cuencas de Toluca, México y Puebla, descendía en escalones y se prolongaba hacia el norte en una inmensa planicie árida. La cuenca de México, corazón de este bloque central, estaba ocupada por un gran sistema lacustre que, junto con las tierras vecinas, sustentaba a una numerosa población. Alrededor, en una menor altitud, la

fértil llanura del Bajío, las montañas de Michoacán con sus laderas cubiertas de pinos, sus lagos y lagunas, las tierras más húmedas y cálidas de Jalapa y Orizaba, y las más calientes de Morelos formaban los escalones que conducían a la franja costera del golfo de México y a la costa del Pacífico.

Al sur de las cuencas de los ríos Balsas y Papaloapan se encontraba la meseta del sur de México, en la actual Oaxaca. Con un espacio dominado por montañas áridas y suelos polvorientos que recuerdan paisajes lunares, sólo el valle de Oaxaca disponía de tierra suficiente para una agricultura intensiva y para el desarrollo de aglomeraciones urbanas. Monte Albán, en el centro del valle, fue el núcleo político y cultural de la región, y uno de los más grandes del mundo prehispánico.

Más allá del istmo de Tehuantepec se encontraban las tierras altas meridionales. Allí se elevaban las montañas que, con sus laderas cubiertas de pinos y sus temperaturas más frescas, atravesaban Chiapas y Guatemala, encerrando valles regados por arroyos, ríos y abundantes lluvias invernales, donde nacían algunos grandes ríos como el Motagua y el Usumacinta, que llevaban sus aguas al Atlántico.

Distintas eran las llanuras costeras. La del golfo, ancha y lluviosa, era atravesada por ríos lentos y caudalosos, que inundaban las tierras formando pantanos y manglares. La del Pacífico, angosta y seca, estaba cruzada por ríos torrenciales que provenían de las montañas vecinas. En el sudeste, las tierras bajas formaron la Península de Yucatán. Su clima es seco en el noroeste, pero las lluvias aumentan cuando se avanza hacia el sudeste; la vegetación de matorral cede el lugar al bosque tropical húmedo. Hacia el sur, una franja de selva cálida, lluviosa y pantanosa se prolonga hasta las estribaciones de las montañas de Chiapas y Guatemala.

Los Andes centrales

De noreste a sudeste se extienden tres subregiones paralelas, a modo de franjas: la costa, angosta faja desértica junto al Pacífico; la sierra o cordillera (los Andes propiamente dichos), por último, al este, la selva o montaña, húmeda y cálida, ligada a la cuenca amazónica. La sierra, verdadero eje del mundo andino, es un complejo conjunto de montañas, mesetas, cordones montañosos discontinuos y altos picos nevados. En ella nacen numerosos ríos: los que llevan sus aguas al Pacífico labraron su ladera occidental; los que bajan hacia el llano amazónico, más grandes y caudalosos (Marañón, Huallaga, Urubamba y Mantaro) abrieron largos y profundos valles en su vertiente oriental.

Una extensa planicie o *puna*, de clima frío y paisajes abiertos, ocupa las partes más altas de la sierra, elevándose en el sur a más de 4000 metros. Diferencias de humedad y de vegetación caracterizan a la puna húmeda, al norte, de la puna seca y de la puna árida, al sur, casi un verdadero desierto. En la parte alta de los valles andinos (la *qeshwa*) templados y con lluvias concentradas entre noviembre y abril, se encuentran las tierras más fértiles y mejor regadas de la sierra. Por debajo, se extienden las *yungas*, las tierras calientes, secas al oeste y húmedas al este.

Al oriente del macizo andino, las tierras bajas son cálidas y húmedas, y con una vegetación boscosa y selvática que culmina en el llano amazónico. Al oeste, en cambio, predominan ambientes áridos y secos que encuentran su límite en la costa del Pacífico, que presenta ciertas particularidades: ubicada en la franja tropical, la cercanía del mar y la acción de la corriente fría de Humboldt moderan las temperaturas. Por eso, la humedad se condensa sobre el mar, donde llueve, y los vientos llegan secos al continente. Esa corriente hacía aflorar aguas ricas en nutrientes minerales que sostenían una abundante y variada fauna marina. En la costa, templada y desértica, la escasa humedad no alcanza a condensar en lluvias y, en invierno, las nubes se asientan en las partes altas, denominadas "lomas", y transmiten humedad al suelo formando manchones verdes, que eran aprovechados por animales y hombres. Los ríos que la cruzan forman angostos valles, verdaderos oasis en el desierto costero, que permitían el acceso a las tierras altas. Los desplazamientos eran transversales y los ríos favorecieron, al este y al oeste, los contactos entre la costa, la sierra y la selva, cuyos recursos complementarios eran vitales para los grupos humanos. Al mismo tiempo, como los componentes del medio se ordenaban de modo vertical, la altitud determinaba sus rasgos principales.

Los inicios de la complejidad social en los Andes centrales

Los habitantes de los Andes centrales necesitaron varios milenios para familiarizarse con su medioambiente, manejar distintos espacios y aprovechar de modo eficiente sus recursos. Hacia 3000 a.C. comenzaron a definirse en la región dos amplios modelos económicos. El primero predominó en la costa, donde la rica fauna oceánica, compuesta por mariscos y peces, aves y mamíferos marinos, permitió un temprano sedentarismo; establecidas cerca de la desembocadura de los ríos, las

comunidades obtenían allí agua dulce y tenían acceso a las lomas, donde cazaban y recolectaban. En valles serranos y punas, en cambio, el cultivo a temporal de especies adaptadas a la altura y el frío se combinó con la cría y pastoreo de camélidos domésticos; en las partes más altas, persistió la caza especializada de camélidos salvajes. Al mismo tiempo, se desarrollaron algunos mecanismos de intercambio entre poblaciones de ambas macrorregiones.

Entre c. 3000 y 800 a.C., etapa que suele dividirse en dos períodos, Precerámico y Cerámico Inicial, varios procesos cambiaron la vida de los pobladores de la región: se expandió la economía, aumentó la población, se desarrollaron nuevas tecnologías, se erigieron construcciones monumentales, y se manifestó una mayor complejidad social.

Afianzamiento de la producción de alimentos y del sedentarismo

Hacia 3000 a.C., buena parte de estas poblaciones vivía en pequeñas aldeas semipermanentes que, pese a algunos contactos e intercambios interregionales, dependían de los recursos locales.

En la costa del centro y norte del actual Perú, esas aldeas se encontraban junto al mar, cerca de la desembocadura de los ríos y de bahías protegidas que facilitan el acceso a los recursos marinos. Además, se practicaban algunos cultivos junto a los ríos, como calabazas, lúcuma, porotos comunes, habas, paltas, ají y en especial algodón (que se expandió en esa época), a lo que se sumaban calabazas vinateras, o mates, usadas para confeccionar redes de pesca y flotadores, es decir, para intensificar la pesca. Los artefactos comunes incluían bolsas y cestas tejidas con fibras vegetales trenzadas, recipientes hechos con mate y anzuelos confeccionados con valvas o conchas de algunos mariscos. La pequeña aldea de Huaca Prieta, cerca de la desembocadura del río Chicama, ejemplifica este modo de vida.

En las tierras altas se conservaba el estilo de vida basado en la caza y la recolección. Las diferencias entre los grupos dependían de las características del entorno y de las estrategias adoptadas por los cazadores quienes, en algunas áreas, se volcaron a la caza del ciervo andino, en tanto en otras, como las altas punas, invirtieron su energía en los camélidos. Pronto se produjeron cambios profundos: algunos cazadores, en contacto desde tiempo atrás con esos animales, manejaban técnicas selectivas de caza y de matanza de hembras y animales jóvenes para evitar afectar la reproducción y conservación de los rebaños. Pudieron así establecer campamentos más estables y, con su conocimiento del comportamiento de los animales, controlar los rebaños de alpacas y llamas, y completar su domesticación. Los camélidos domésticos eran usados como alimento, animales de carga y proveedores de lana.

Otros grupos, en cambio, pasaron a depender cada vez más de las plantas cultivadas, en especial en los altos valles fluviales, donde el énfasis en la caza y la recolección dio paso a una creciente dependencia de los recursos domesticados, incluidos los vegetales, y a un mayor sedentarismo. El repertorio temprano de plantas domesticadas se incrementó: pronto incluyó porotos, calabazas, oca, lúcuma, quínoa, tomates, ají, papas, achira, coca y, tal vez, maíz. También hay evidencia de cultivo del algodón, proveniente de ambientes más bajos, cálidos y húmedos.

Los primeros centros ceremoniales

A comienzos del tercer milenio antes de Cristo, la aparición de las primeras manifestaciones de arquitectura pública monumental marcó el comienzo de profundos cambios en la organización social y el modo de vida de las poblaciones costeras. Con el tiempo, dichas manifestaciones se extendieron por la costa, donde grandes plataformas asociadas a plazas aparecen en los valles de Huaura, Supé, Pativilca y Fortaleza (el llamado Norte Chico), y luego por la región serrana.

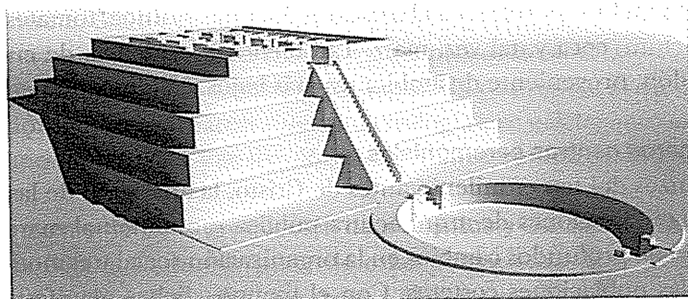
Los testimonios más antiguos se encuentran en Áspero, cerca de la costa, sobre la margen derecha del río Supe, ocupado durante casi un milenio. Grandes y pequeños montículos y plataformas piramidales, entre las que se destacan las llamadas Huaca de los Sacrificios y Huaca de los Ídolos, componían el sitio. Esta última debe su nombre al hallazgo, en la cima, de pequeñas figurillas de arcilla cruda, en su mayor parte femeninas y algunas preñadas, que pueden estar señalando la existencia de rituales de fertilidad o de prácticas shamánicas de curación.



Las pirámides de Áspero

Las construcciones monumentales de Áspero se remontan a fines del cuarto milenio antes de Cristo y fueron construidas sobre suaves colinas frente a una planicie, antiguamente una bahía donde ingresaba el océano. Las pirámides de Áspero, entre las que se destacaba la Huaca de los Ídolos, se ajustaban a un modelo propio de su tiempo y su cultura: formadas por plataformas superpuestas, una escalera central en la fachada comunicaba con el espacio público exterior, en este caso una plaza circular; en la cima, había un espacio privado con varios recintos pequeños. Los investigadores las consideran estructuras públicas pues, de mayor tama-

ño que otras construcciones, se usaron bolsas de red con piedras y tierra (*shicras*) para rellenar las plataformas. Además, presentan decoración (frisos, pintura mural o nichos), faltan residuos domésticos, y el acceso a los recintos de la cima era restringido. La ilustración muestra una maqueta computarizada de esa huaca.



Adaptado de <www arqueologiadelperu com.ar/aspero.htm>.

Poco después, hacia 2900 a.C., apareció Caral, también en el valle del río Supe, aunque a unos 20 kilómetros de la costa. Tres siglos más tarde conformaba un imponente conjunto de estructuras ceremoniales, donde se destacaban cinco grandes plataformas piramidales y dos plazas hundidas circulares, además de conjuntos residenciales formados por casas con habitaciones interconectadas entre sí (alguna de las cuales sirvieron como talleres), con muros angostos de cañas entrelazadas recubiertas con barro. Entonces en el valle de Supe, además de Áspero, existían ocho grandes sitios con arquitectura monumental, que mantenían contactos, compartían prácticas religiosas y formas de organización.

La Pirámide Mayor de Caral

Estructura piramidal escalonada de 150 por 160 metros de base y 28 de altura, tiene una plaza circular adosada a su fachada. Una larga escalera une la plaza circular con la pirámide y permite alcanzar la cima, donde se encuentran varios recintos. El atrio, que permite el acceso al recinto principal, ubicado en la parte más alta, muestra en sus paredes pequeños nichos. El recinto del altar del fuego sagrado, que aparece en otras pirámides, era una habitación pequeña; allí, en un pozo abierto en el suelo, se incineraban pequeñas ofrendas: semillas y otros vegetales, valvas de moluscos marinos y telas de algodón. Pocos participaban en esos rituales; en la plaza, en cambio, debe haberse congregado un considerable número de personas. En estas reuniones, la música constituyó un importante medio de expresión; se hallaron flautas decoradas con diseños de monos, serpientes y cóndores. La ilustración muestra la plaza circular y, al fondo, la pirámide con su escalera.



Fotografía publicada en *La Nación*, sábado 5 de marzo de 2011 [sección Opinión, p. 33].

Las dimensiones y complejidad de Caral generaron debates sobre su organización social y política. Caral era, sin duda, una sociedad más compleja y con alguna centralización en la toma de decisiones, pues de otro modo la construcción de tales estructuras habría sido difícil. Algunos la consideran una sociedad plenamente urbana, con una organización estatal, aunque esto parece exagerado pues los hallazgos no evidencian una profunda especialización económica, ni divisiones sociales bien reconocidas, ni una organización política coercitiva. Para otros, el carácter religioso de sus monumentos señalaría que algunos individuos, quizá jefes de linajes apoyados en creencias religiosas, habían adquirido prestigio y podían tomar decisiones centralizadas.

Hacia mediados del milenio, a diferencia del resto de la región andina, se hallaban en el Norte Chico más de 25 grandes centros localizados en el interior de los valles, lejos de la costa, todos con arquitectura monumental, aunque la cerámica estaba aún ausente. Más tarde, antes de finalizar el milenio, aparecieron algunos centros con arquitectura monumental fuera de esa región, tanto en la costa como en las tierras

altas. Dos de ellos fueron emblemáticos del fin del milenio: El Paraíso, en el valle del río Chillón, cerca de Lima, y Kotosh, en la sierra, cerca de las nacientes del río Huallaga.

El Paraíso fue uno de los más grandes. En su construcción, comenzada hacia 2000 a.C., se emplearon cien mil toneladas de piedra canteada; fue reconstruido y modificado en varias ocasiones. Ocupado durante siglos, su población debe haber sido numerosa, dado el gran tamaño de los basurales encontrados. La alimentación provenía principalmente del mar (en particular, peces pequeños), aunque también se cultivaba y recolectaba en las riberas del río; en la planicie vecina crecía el algodón, usado para hacer redes y líneas para pescar, y para confeccionar tejidos simples.



La unidad I de El Paraíso

Es el edificio más conocido de este sitio, uno de los mayores de la época. Está situado al sur de una extensa plaza flanqueada, al este y el oeste, por dos largos montículos. Se trata de una plataforma pequeña, de cuatro niveles, excavada y restaurada hace ya tiempo. El acceso a los cuartos de su cima se realizaba por dos escaleras. La más larga conducía a una cámara pintada de rojo, con un espacio rectangular hundido en su centro y cuatro pozos circulares en cada esquina. Estos pozos estaban llenos con carbón y todo el piso del patio rectangular había sido quemado. Esta cámara debió estar dedicada a rituales del fuego sagrado, que incluían la quema de ofrendas. Por sus pequeñas dimensiones, el acceso a esos rituales debió estar reservado a pocas personas. La ilustración muestra una vista del piso de la cámara roja, con su patio hundido y sus fogones circulares.



Ilustración: <www.arqueologiadelperu.com.ar/paraiso.htm>.

En El Paraíso aparece el modelo de estructuras formadas por tres plataformas dispuestas en U, de gran importancia más tarde. Constaban de un montículo principal, con la cima aplanada, que formaba la base de la U, y otros dos, alargados, dispuestos a modo de alas o brazos laterales. Esas plataformas encerraban, por tres de sus lados, un gran patio o plaza rectangular. El edificio más conocido es la Unidad I, que presentaba una planta compleja, con cuartos ordenados alrededor de una habitación central donde es posible que se hayan celebrado rituales que incluían la quema de ofrendas. La Unidad I cerraba por el sur una gran plaza de 7 hectáreas, flanqueada, al este y el oeste, por dos largos montículos que, a juzgar por las ruinas de conjuntos de pequeñas habitaciones rectangulares conservadas en sus cimas, tuvieron uso doméstico.

Kotosh, de larga historia, es en cambio un característico sitio serrano, donde faltaban las grandes plazas y patios capaces de acoger gran número de gente durante las ceremonias públicas. Se supone que estas se realizaron en pequeñas cámaras o cuartos con fogones en el centro. Durante la fase Mito, iniciada hacia 2400 a.C., se levantó la construcción principal, un gran montículo formado por la acumulación de los restos de sucesivas reconstrucciones, una sobre otra, práctica común en las tierras altas. Su núcleo lo formaban tres templos superpuestos: el mejor conservado, el de las Manos Cruzadas, era, junto a otras construcciones, un verdadero conjunto ceremonial. Su construcción debe haber demandado una considerable fuerza de trabajo que se reclutaría en asentamientos próximos. Por clima y geografía, esa zona era favorable para la agricultura, el pastoreo y los asentamientos humanos. Los arqueólogos identificaron restos de numerosas aldeas que probablemente hayan proporcionado los trabajadores necesarios.



El Templo de las Manos Cruzadas de Kotosh

Construcción cuadrangular, de más de 9 metros de lado, sus muros, de unos 3 metros de altura, estaban revocados con una fina capa de barro color blanco-crema y ornados con nichos y hornacinas trapezoidales a modo de puertas ciegas. Tenía una sola entrada y, en el centro, había sobre el piso un fogón con un ducto de ventilación subterráneo conectado con el exterior. Su nombre se debe a dos esculturas modeladas en barro crudo, que representaban manos cruzadas en X, ubicadas en la pared opuesta a la entrada, como se observa en la ilustración. En los rituales

celebrados en ese reducido espacio, se quemaban en el fogón ofrendas –ajíes, conchas, huesos, plumas y astas de ciervo, entre otros– cuyos restos carbonizados quedaron en el lugar. Otros dos templos similares funcionaron al mismo tiempo, formando un conjunto cuyos rituales deben haber estado relacionados.



Richard L. Burger, *Chavín and the origins of Andean Civilization*, Londres, Thames & Hudson, 1995, pp. 46 y 48.

El apogeo de los grandes centros ceremoniales andinos

Estos procesos se profundizaron y extendieron durante el segundo milenio antes de Cristo, en particular en los valles costeros. Entonces, se construyeron algunos de los centros ceremoniales más grandes del antiguo Perú, cuyo número superó ampliamente a los erigidos en el período anterior.

Las transformaciones del segundo milenio antes de Cristo

Fue ésta una época de notable avance tecnológico. La cerámica, presente en los Andes peruanos desde comienzos del milenio (aunque ya lo estaba en los Andes septentrionales desde al menos fines del cuarto milenio antes de Cristo), se expandió con rapidez. El tejido mejoró considerablemente debido a la adopción del telar de lizos (esa vara o cordel grueso que separaba los hilos de la urdimbre para que los de la trama pasaran con facilidad a través de ellos), y el incremento de la producción de algodón debido al riego. Cerámica y textiles, a los que se agregó un poco más tarde la metalurgia, fueron las tecnologías más complejas desarrolladas por las sociedades andinas y figuran entre las mejores manifestaciones simbólicas y estéticas de la región.

La expansión de la agricultura de regadío acentuó la tendencia a establecer los grandes centros en el interior de los valles, cerca de las tierras de cultivo, donde era posible controlar las tomas de agua que alimentaban los canales. Los asentamientos costeros se redujeron; al parecer, muchos dependían o eran satélites de los centros del interior. De todos modos, para la dieta humana se obtenía del mar la provisión de proteínas, aunque se acentuó el papel de las plantas domesticadas, cuya producción creció debido al uso del riego. En consecuencia, la población aumentó en cantidad y densidad, lo cual permitió disponer de más fuerza de trabajo para extender sistemas de riego y llevar a cabo grandes proyectos constructivos. A ello contribuyó la amplia adopción de la alfarería, pues los recipientes de cerámica permitían cocinar los alimentos en agua y recuperar nutrientes en el caldo remanente.

En los valles de la costa norte y central surgieron grandes centros bien planeados, articulados en grandes complejos que, según algunas investigaciones, pueden ser concebidos ya como verdaderas ciudades, aunque la mayor parte de la población continuara viviendo en chozas o pequeñas aldeas cerca de los cultivos o los canales. Otros estudiosos sostienen que no puede hablarse todavía de urbanismo, pues no hay evidencias ciertas de la existencia de la especialización suficiente ni de la necesaria diferenciación social y arquitectónica. De todos modos, las bases de las ciudades andinas estaban presentes, y el hallazgo de tumbas con ofrendas especiales y residencias en la cima de montículos ceremoniales sugiere que algunos individuos gozaban de un estatus especial.

Los desarrollos mejor conocidos tuvieron lugar en los valles de Moche, Casma y Rímac. En los dos primeros, emergieron unidades sociopolíticas con una fuerte centralización, marcada diferenciación social y construcciones que requirieron a las comunidades subordinadas gran inversión de trabajo cooperativo; el último, en cambio, tuvo una organización más laxa, donde las construcciones monumentales resultaron de pequeñas fases de construcción concatenadas, con renovaciones y ampliaciones periódicas.

Desarrollos, integraciones y estilos regionales

Los centros de los principales valles compartían rasgos comunes como tecnologías, ideología, ceremonialismo, y mantenían amplios contactos entre sí, aunque tuvieron un funcionamiento independiente. A nivel

regional es posible distinguir estilos cerámicos diferenciados, elementos característicos en la planificación de los centros y al menos tres patrones estilísticos regionales, en especial en la arquitectura pública.

Las ideas religiosas de Cupisnique

La religión de los pobladores de Cupisnique se expresó en una iconografía que incluía cabezas-trofeo humanas, el cactus alucinógeno conocido como San Pedrito, la tríada felino-pájaro-reptil, peces, y conchas *Strombus* y *Spondylus*, elementos asociados a cultos al agua y la fertilidad. Los principios religiosos básicos se expresaban especialmente en su cerámica, caracterizada por vasos negros o grises, modelados e incisos y con cuello en forma de estribo como se observa en las ilustraciones. La representación de jaguares en medio de cactus San Pedrito (izquierda) se asociaba a viejas prácticas shamánicas, en las cuales era fundamental el uso de alucinógenos. Los oficiantes consumían una bebida fermentada hecha con los San Pedrito y en sus visiones se transformaban en álter egos sobrenaturales, como jaguares, de donde surge la idea dualista de un hombre/ jaguar, como se observa en la representación de la pieza de la derecha



Richard L. Burger, *Chavin and the origins of Andean Civilization*, Londres, Thames & Hudson, 1995, p. 96.

En los valles de la costa central, la arquitectura pública se caracterizó por la distribución de las grandes plataformas en la forma de U. Varios montículos centrales presentaban elaborados frisos modelados en arcilla. El más antiguo de esta etapa es La Florida, en el valle del Rímac, cuya construcción se inició hacia 1800 a.C. De él provienen las cerámicas más antiguas conocidas en la costa central, y la presencia de basurales domésticos y montículos más pequeños sugiere una pequeña población residente. Garagay, en el mismo valle, exhibía impresionantes frisos policromos modelados en barro. En el valle de Lurín, pequeñas piezas realizadas con hojas de cobre martillado halladas en Mina Perdida y fechadas hacia el año 1000 a.C. marcan el inicio de la metalurgia en la región.

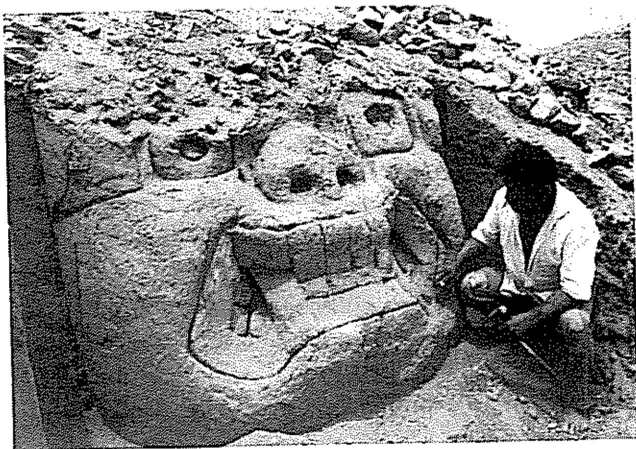
El estilo llamado "cupisnique" es característico de la costa norte del actual Perú. En principio designó un elaborado estilo cerámico extendido entre los valles de Virú y Lambayeque, caracterizado por vasos negros o grises, modelados e incisos, y con cuello en forma de estribo. Con el avance del conocimiento, su uso se extendió a manifestaciones arquitectónicas caracterizadas por plataformas bajas, con patios rectangulares delante, escaleras incrustadas, cimas coronadas por columnas, y esculturas de adobe pintado y brazos laterales bajos que forman la mencionada planta en U.

La Huaca de los Reyes, en el complejo de Caballo Muerto del valle de Moche, es un buen ejemplo de este estilo. Remodelada varias veces, llaman la atención los magníficos frisos que adornaban su fachada principal. Posee una planta en U, con una plataforma central de 6 metros de alto y alas laterales que enmarcan un espacioso patio, también central. No se halló cerca arquitectura doméstica, por lo que es probable que la población habitara las laderas de los cerros, al oeste del sitio.

La Huaca de los Reyes en el valle de Moche

La cúspide del montículo principal de la Huaca de los Reyes, en el valle de Moche, estaba ocupada por columnatas, patios rectangulares semihundidos, torres y cuartos rectangulares con múltiples entradas hechos con piedra y mortero de barro. Cerca de la fachada principal, cuatro enormes cabezas de adobe modeladas en relieve de más de dos metros de alto –una de ellas se muestra en la ilustración– retrataban criaturas con aspecto de felino, y colmillos y caninos entrelazados que parecen gruñir. Patios y plazas decrecen en tamaño a medida que se avanza hacia

el corazón del montículo, poniendo en evidencia las restricciones cada vez más estrictas en el acceso La mayoria de los visitantes sólo debe haber tenido acceso a la plaza más grande, desde donde se observaban las cabezas colosales, tal vez imágenes de divinidades creadoras. Los que accedian a los lugares más íntimos podían contemplar figuras antropomórficas que quizá representaban deidades especiales o héroes culturales.



Richard L Burger, *Chavin and the origins of Andean Civilization*, Londres, Thames & Hudson, 1995, p. 92.

Sin embargo, los mejores ejemplos de arquitectura monumental, debido a su cantidad y dimensiones, y a la calidad de construcción, se encuentran en el valle de Casma, en la costa nordcentral. A mediados del segundo milenio antes de Cristo, se levantaban allí cinco grandes centros con plantas en forma de U. El valle habría constituido una gran unidad política o cultural conocida con el nombre de uno de los sitios, Moxeque, el cual estaba integrado por dos grandes complejos arquitectónicos, estratégicamente ubicados, que controlaban el sistema fluvial del Casma: Pampa de las Llamas-Moxeque y Sechín Alto.

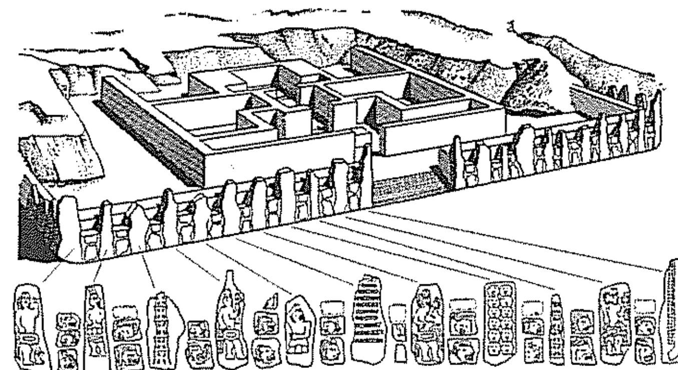
Esos sitios compartían rasgos que definen la tercera tradición arquitectónica costera: planificados a partir de plataformas escalonadas rectangulares, con patios y plazas circulares hundidas delante, se alineaban en un eje central establecido por el montículo principal. Además había hileras de estructuras administrativas medianas, donde se erigía una unidad arquitectónica modular específica; las paredes de las terrazas se hallaban adornadas con frisos modelados en barro o adobe. La

distribución de las estructuras internas y el tipo de restos encontrados indican que cumplían funciones distintas, aunque complementarias: estructuras de almacenamiento, templo, palacio y centro administrativo.



Las lozas de piedra grabada de Cerro Sechín

Cerro Sechín, el sitio más pequeño de Moxeque, constaba de una plataforma de tres niveles con edificios a ambos lados Se destaca especialmente el friso que reviste su base, que se muestra en la ilustración, formado por más de 400 lozas de granito grabadas en bajorrelieve. Fechado hacia 1500 a C., muestra una macabra procesión de guerreros que celebran victoriosos y a sus víctimas, representadas como un confuso conjunto de partes de cuerpos humanos desarticulados: cabezas, brazos, piernas y entrañas Esa fachada, uno de los más antiguos ejemplos de escultura en piedra en los Andes, podría conmemorar una batalla mítica o bien un evento histórico.



Michael E Mosely, *The Incas and their Ancestors The Archaeology of Peru*, Londres, Thames & Hudson, 2001, figs. 57-58, pp 132-133

La construcción de esos complejos revela un plan que, durante casi medio milenio, pasó por varias generaciones de gobernantes, cuya autoridad incluía el despliegue de fuertes poderes coercitivos, a juzgar por la magnitud de las construcciones. La organización funcional de los sitios evidencia la complejidad de Moxeque: a los grandes sitios monticulares se sumaban asentamientos rurales en el valle, así como establecimientos costeros que constituían un sistema interdependiente, jerarquizados y

con funciones diferentes y complementarias. En ese marco, Sechín Alto, que debe haber funcionado como capital, ocupaba el nivel superior, en tanto pequeños asentamientos productivos se hallaban en el más bajo.

En Moxeque se desarrolló también un lenguaje simbólico que confería unidad al sistema, fundamentaba su funcionamiento político y se expresaba en la arquitectura, con unidades modulares en contextos asociados con la autoridad, y en las manifestaciones estéticas, como frisos y grabados, que muestran la relación especial de los gobernantes con las divinidades. A partir de estos rasgos, ciertas investigaciones conciben a Moxeque como una organización de tipo estatal, al menos incipiente.

En las tierras altas norteñas y norcentrales, donde continuó la tradición ceremonial del tercer milenio, los centros no eran tan impresionantes como los de la costa, ni concentraban una población tan significativa. Al norte, la cuenca de Cajamarca consolidó fuertes lazos con Cupisnique y las sociedades de las tierras bajas del este. La mayoría de sus pobladores vivía en aldeas dispersas y su subsistencia dependía de la agricultura a temporal y, en las partes más altas, de la caza. Se reunían periódicamente para celebrar sus rituales en centros de carácter ceremonial, como Kuntur Wasi y Layzón, de los que llegó a haber unos diez en el valle durante este período.

En la sierra central, La Galgada y Kotosh continuaron siendo centros importantes y se remodelaron las cimas de las plataformas más grandes, donde se abrieron elaboradas tumbas con ricos ajuares. En varios sitios, incluido Kotosh, las cerámicas muestran una fuerte influencia de la selva tropical y, como en Cajamarca, revelan intensos contactos con esa región. A diferencia de los grandes centros costeros, que aparecen más encerrados en sus valles, experimentando con los recursos de su ambiente, los núcleos de las tierras altas eran más abiertos. En el medio serrano la autosuficiencia de las comunidades era más difícil que en la costa y obligaba a sus habitantes a obtener productos necesarios en lugares alejados. Tal vez debido a ello varios de los centros ceremoniales serranos estaban ubicados a lo largo de corredores que facilitaban la movilidad y el tráfico de bienes.

Más al sur, la situación cambia. No se encuentran restos de arquitectura monumental ni concentraciones importantes de población; la economía de los pobladores de la región se basaba en el pastoreo de camélidos domésticos en los pastizales de la puna y en el cultivo a temporal de tubérculos de altura. Aquí, la movilidad era mayor: los desplazamientos se ajustaban a un ritmo estacional y los asentamientos eran más pequeños y móviles.

Las fronteras y más allá

Al norte y al sur, dos extensas áreas actuaban como fronteras: en ellas, la integración regional era débil, y faltaban los grandes centros de población y las construcciones monumentales. En el norte, esa frontera coincidía con el desierto de Sechura, extensa planicie costera cuya extrema aridez impedía el desarrollo de la agricultura tradicional. Al sur, el valle de Lurín es el último con grandes centros ceremoniales; más allá, no hay indicios de la existencia de grandes centros de población con arquitectura monumental.

La frontera septentrional y el litoral meridional ecuatoriano

Sobre la costa de la península de Sechura sólo vivían algunas comunidades de pescadores; más al norte, los valles de Chira, Piura y Tumbes, con agua permanente, permitían la vida de pequeñas aldeas que disponían tanto de productos marítimos como agrícolas. Esos valles deben haber constituido rutas atractivas para los productos que circulaban entre la costa, las tierras altas y la tierras bajas orientales; los hallazgos de valvas de moluscos y cerámicas ponen de manifiesto la intensidad de esos intercambios, que incluían la cuenca de Cajamarca, el valle de Chira y sitios orientales cerca del río Marañón.

Más al norte, las tierras bajas del sur ecuatoriano estaban densamente pobladas por agricultores sedentarios, con fuerte orientación ribereña e importante consumo de recursos marinos. Los ríos costeros, alimentados por las abundantes lluvias, permitían el transporte por agua y las prácticas agrícolas en las planicies inundadas. Definidas a partir de la cerámica, dos culturas caracterizan esta época: Valdivia Tardía (c. 2000-1500 a.C.), cuyas primeras fases se remontan a los comienzos de la vida aldeana en la región (al menos un milenio antes) y Machalilla (c. 1500-800 a.C.).

En el valle de Chanduy, los poblados, formados en general por grupos de chozas, se situaban en las mejores tierras agrícolas ribereñas, tenían menos de media hectárea de superficie y carecían de arquitectura pública. Sin embargo, hacia el final de Valdivia, dos centros presentaban ya fuerte carácter ceremonial: Real Alto y Centinela. Real Alto, el más conocido, ocupaba unas dos hectáreas y estaba formado por hileras de casas ovales que bordeaban una plaza rectangular, abierta y con dos montículos con edificios de uso ritual, uno de ellos con entierros y tumbas.

Si Real Alto compartía con los centros costeros del sur el concepto de un espacio público para realizar rituales comunitarios y la prácti-

ca de reconstruir periódicamente las estructuras ceremoniales, había también diferencias en las prácticas funerarias, en el rol de autoridad adscripto a algunos hombres allí enterrados y en la vida ceremonial.

De todos modos, entre ambas zonas existieron frecuentes contactos e intercambios en los que tuvo importancia la navegación costera. La adquisición de conchas de moluscos de agua caliente –*Spondylus princeps* y *Strombus*– por grupos de la actual costa peruana y elementos comunes en las cerámicas fueron un resultado de esos lazos. Algunos rasgos compartidos por pueblos del occidente de Mesoamérica sugieren la existencia de un tráfico marítimo que vinculaba ambas regiones a lo largo del Pacífico.

La frontera meridional

La actual costa sur peruana, menos poblada y con sistemas regionales menos integrados, constituía también una frontera cuyo modo de vida está representado en sitios de los valles de Ica y Acari. El poblado de Hacha, en el valle de Acari, estaba formado por pequeños edificios rectangulares de adobe, en su mayoría viviendas. Una modesta construcción con varias habitaciones fue quizás un santuario dedicado a asegurar el éxito en la caza, a juzgar por las figuras de camélidos pintadas en las paredes de uno de los cuartos. El cultivo, concentrado en la cercana planicie de inundación, era realizado por medio de hoces con hojas de piedra y, aunque se consumían moluscos y peces, la caza era la fuente principal de proteína animal, como lo indican las numerosas puntas halladas.

Para la misma época, en la tierras del altiplano vecinas al lago Titicaca, beneficiadas por la mejora de las condiciones ambientales como el clima algo más húmedo y templado, y el ascenso del nivel del lago, se asentaron pequeñas comunidades aldeanas que combinaban el pastoreo de llamas y alpacas con la caza de camélidos salvajes, la pesca, la recolección vegetal y el cultivo de algunos tubérculos y granos de altura (papas y quínoa). Lentamente, la población creció, se extendió el uso de la cerámica y aparecieron las primeras construcciones comunitarias.

Hacia el año 1000 a.C., comenzó a construirse en Chiripa una plataforma en cuya cima se abrieron tumbas y un patio hundido rodeado de construcciones rectangulares. En las aldeas más grandes, se erigieron estructuras comunitarias en forma de pequeños recintos hundidos, abiertos a nivel del suelo, que miraban hacia los picos montañosos más altos, considerados y adorados como el origen de las aguas. Es probable que en esa misma época se construyeran, al norte del lago, algunos campos elevados para el cultivo, técnica que tuvo gran importancia luego, durante Tiwanaku.

La vida aldeana y el surgimiento de la desigualdad social en Mesoamérica

Hacia el año 3000 a.C., los grupos aldeanos mesoamericanos disponían de especies híbridas de maíz, cuyo cultivo ocupó pronto un lugar fundamental en la economía, por lo que los asentamientos se tornaron cada vez más estables. Sin embargo, la caza y la recolección aún ocupaban un lugar importante y, con frecuencia, las aldeas o parte de sus habitantes se desplazaban de manera estacional y vivían en campamentos móviles. Un milenio y medio después la vida sedentaria en aldeas, basada principalmente en el cultivo, se había impuesto en buena parte de la región. Junto con la expansión de la agricultura, aumentó la población y el número de asentamientos, se perfeccionó la tecnología, adquirieron mayor importancia los contactos interregionales y se manifestaron algunos indicios de distinciones sociales. El crecimiento desigual entre aldeas de una misma región y la presencia de construcciones públicas en las más grandes implicó también una jerarquización entre ellas.

El afianzamiento de la vida neolítica

En 3000 a.C. los pobladores de valle de Tehuacan disponían de un importante inventario de plantas cultivadas: frijoles, calabazas, amaranto, zapotes, aguacates o paltas y chile, a las que se agregaron otras, como el maíz, sin duda la más importante. En los siglos siguientes nuevas hibridaciones de los cultivos mejoraron; además, ya se cultivaba el algodón. Pese a ese avance, las plantas cultivadas, que al comienzo del período proveían un 20% de la dieta, al final de este aportaban sólo el 35%; el resto provenía de la caza y la recolección. En este marco, los asentamientos se volvieron cada vez más estables y, aunque seguían ocupando cuevas, se las acondicionaba para una permanencia más extensa. Los instrumentos de uso cotidiano cambiaron poco, aunque la fabricación de platos y vasijas de piedra parece indicar que los alimentos se cocinaban en ollas sobre el fuego. En los últimos momentos se fabricaban ya vasijas de arcilla siguiendo los modelos de las de piedra, y la vida aldeana, a partir de una agricultura capaz de sostener las necesidades básicas, estaba plenamente asentada.

La vida sedentaria en aldeas se desarrolló también en otras regiones, aunque su base económica era distinta. Antes de 4500 a.C. en Tlapacoya, al sur de la cuenca de México, existía un asentamiento casi permanente de cazadores recolectores que podían acceder, sin movilizarse demasiado, a variados recursos en nichos ecológicos cercanos. Tras un largo abandono, hacia 3000 a.C. el sitio fue ocupado nuevamente: otros pobladores establecieron allí una aldea permanente y obtenían su subsistencia de cultivos como el amaranto, el ají, las calabazas, el cayote, un maíz pequeño, y del uso intenso de recursos silvestres del lago y los bosques vecinos. El clima de la cuenca, entonces más húmedo y cálido que el actual, contrastaba con la aridez de Tehuacan y Tamaulipas.

En las costas del Pacífico y del golfo de México, algunos grandes conchales (como se denomina a la acumulación de valvas de mariscos durante larguísimos períodos) muestran la importancia de los recursos marinos en la vida de la época. En Zanja y Puerto Márquez, junto a lagunas en la costa el Pacífico, se hallaron pisos de arcilla de viviendas fechados hacia 2900 a.C.; los restos de los conchales vecinos indican que sus pobladores vivían en pequeñas aldeas permanentes o semipermanentes, y se sostenían básicamente con los productos del mar. En Puerto Márquez aparecieron, hacia 2400 a.C., las cerámicas más tempranas conocidas en la región.

Apogeo de la vida aldeana y comienzo de la diferenciación social

Hacia 1500 a.C., o tal vez incluso antes, numerosas comunidades aldeanas estaban asentadas en Mesoamérica, tanto en las tierras altas como en las tierras bajas y cálidas de las costas. El éxito agrícola había permitido el aumento de la población y la sedentarización definitiva de esas comunidades, que consolidaron su presencia en los siglos posteriores. Ellas constituyeron el núcleo económico y social fundamental del desarrollo histórico de la región y fueron la base sobre la que se construyeron las grandes civilizaciones urbanas.

Cuatro rasgos básicos caracterizaron su vida: la subsistencia a partir de una agricultura basada en el cultivo de maíz, frijoles, chile y calabazas, capaz de sostener la vida colectiva durante todo el año, aunque sin desplazar actividades como la caza y la recolección; el asentamiento en pequeñas aldeas permanentes; la generalización de algunas tecnologías, como la cerámica, los textiles y la cestería; y el funcionamiento de amplios circuitos de intercambio que permitían el acceso a bienes de lugares lejanos. No obstante, aunque compartían un modo de vida similar, en ese mundo aldeano son reconocibles distintas adaptaciones regionales.

En el registro arqueológico, estas sociedades aldeanas aparecen representadas por un conjunto de fases localizadas en distintos lugares de Mesoamérica, como el valle de Tehuacan, Oaxaca, la cuenca de México, Chiapas, las tierras altas de Guatemala, la costa pacífica, el norte de Veracruz, Tamaulipas, la costa del golfo de México y las tierras bajas mayas. Estas fases corresponden al período tradicionalmente denominado Preclásico o Formativo inferior, que cubre la segunda mitad del segundo milenio antes de Cristo.

En el contexto de este mundo aldeano aparecieron indicios tempranos del surgimiento de un nuevo tipo de sociedad basada en relaciones de creciente desigualdad. Comenzaron entonces a volverse visibles diferencias entre individuos y linajes de una misma comunidad, así como un crecimiento desigual de las aldeas que llevó a las mayores a ejercer cierto control sobre las otras. En esas aldeas mayores se destacan algunas construcciones, tal vez con funciones públicas, que pueden haber tenido fines ceremoniales, o bien habrían sido utilizadas como lugares de reunión o residencias de jefes y linajes destacados.

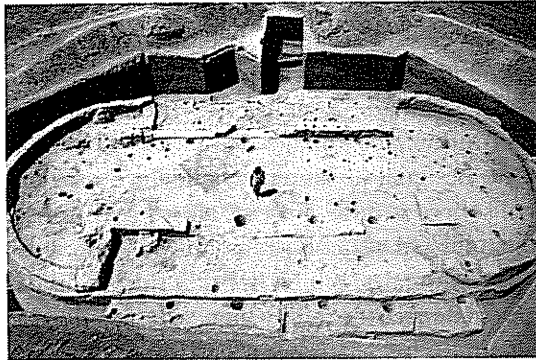
Así, por ejemplo, los ajuares funerarios de algunas tumbas de Oaxaca parecen indicar la existencia de algunos individuos o linajes que gozaban de prestigio, aunque nada conduce a pensar que se trataba de desigualdades heredadas. En otras zonas, la presencia de aldeas nucleadas en torno a una aldea central con estructuras está documentada en fechas tempranas. En Paso de la Amada, en el sur de Chiapas, poco después de 1400 a.C. se estaban desarrollando procesos incipientes de diferenciación en sociedades aldeanas; esa aldea divergía de otras cercanas pues presentaba construcciones que parecen haber tenido uso público, y sus ocupantes mantenían intercambios con los pobladores de la costa del golfo de México.

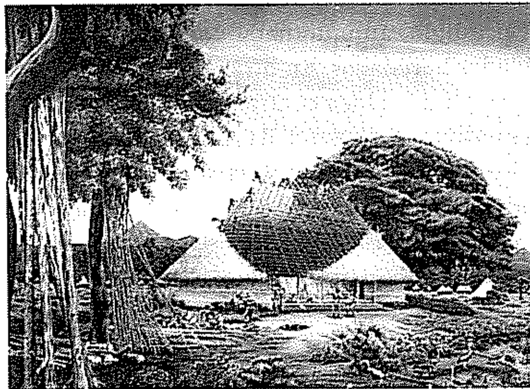


El Montículo 6 de Paso de la Amada

El Montículo 6 de una aldea en Paso de la Amada, sobre el litoral pacífico de Chiapas, contenía varias estructuras, construidas una sobre la otra, fechadas entre 1400 y 1100 a.C. La cuarta planta, de 21 por 11 metros, descansaba sobre una plataforma de barro de 75 cm de alto. Abierta en los lados longitudinales, cada entrada estaba flanqueada por un pórtico con una escalinata de tierra. Dentro, en los extremos opuestos, había dos fogones. Las ilustraciones muestran una foto aérea del basamento y una reconstrucción del edificio.

¿Fue un lugar de culto, la residencia de un linaje destacado, un lugar de reunión o de ceremonias en que participaban los jefes de linajes locales? No lo sabemos: sus continuas reconstrucciones, su ubicación en el montículo más alto, las ofrendas de dedicación y el trabajo requerido en su construcción, que superaba al de una familia, sugieren que era un edifico público.





John E. Clark, "Antecedentes de la cultura olmeca", en John E. Clark (coord.), *Los olmecas en Mesoamérica*, México-Madrid, El Equilibrista-Turner Libros [c. 1994], pp. 34 y 36.

Empero, los indicios de diferencias sociales no siempre indican desigualdad. Aun en las sociedades más simples existen diferencias, como las que surgen del sexo y la edad, o las que se derivan de habilidades o cualidades especiales que otorgan reconocimiento y prestigio, el cual puede expresarse, por ejemplo, en la posesión de algún artículo valioso o de una casa más grande. Para los antropólogos, la real desigualdad

social aparece cuando esas diferencias se vuelven hereditarias, es decir, no adquiridas.

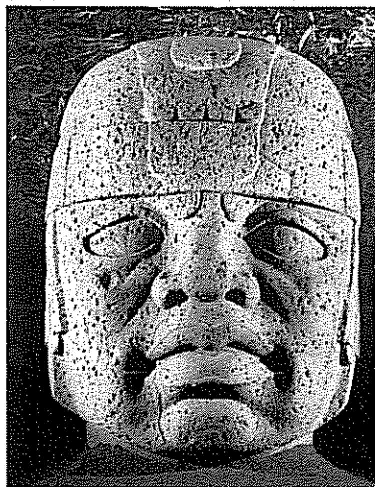
Procesos similares tenían lugar en otras regiones. En la costa del golfo de México, a mediados del milenio, surgieron incipientes jefaturas, pues existen indicios de diferencias en el desarrollo de las aldeas. El proceso culminó hacia 1250 a.C., cuando se inició la fase San Lorenzo en el sitio San Lorenzo Tenochtitlan, en Veracruz. Por sus dimensiones, y debido a la cantidad y calidad de sus monumentos, San Lorenzo era un centro enorme y, a juzgar por el carácter de monumentos y representaciones, sus funciones eran esencialmente ceremoniales. Allí debe haber vivido una elite bien diferenciada y, aunque sin duda la vida de los campesinos que sostenían con su trabajo y su producción a San Lorenzo no cambió demasiado con respecto a las etapas anteriores o a otras partes de la región, la presencia del gran centro ceremonial indica que sucedían otros acontecimientos de relevancia.

Sabemos que esa elite mantenía relaciones e intercambios con las de otras regiones de Mesoamérica, en particular de productos escasos y de gran valor. El uso de materias primas finas como el asta, el hueso, las plumas, las conchas, el algodón y el hule para confeccionar múltiples objetos supone cierta especialización artesanal, al menos parcial, y el uso de herramientas específicas. La falta de piedra en la región obligó a llevar de otras partes la serpentina usada para hacer hachas y la obsidiana con que fabricaban navajas y puntas. El traslado de los grandes bloques de basalto empleados en las esculturas monumentales, de varias toneladas, desde canteras situadas a más de 70 kilómetros debe haber resultado difícil; en general se realizó en balsas, aprovechando los ríos de la zona.

La arqueología pone de manifiesto una estructura sociopolítica compleja y la profundización de procesos de diferenciación social: los recursos básicos y la mano de obra deben haber sido aportados por las pequeñas comunidades, lo que da cuenta de una economía capaz de producir excedentes, pero es probable que la elite o grupo dirigente (sacerdotes o especialistas religiosos) ostentara la autoridad o el prestigio necesarios para exigir a los campesinos algún tipo de tributo y prestaciones en trabajo. Las obras realizadas suponen gran cantidad de recursos y una centralización en la toma de decisiones que debió emerger de sus funciones de planificación de las tareas agrícolas, así como del manejo del tiempo y de su particular relación con el mundo de lo sagrado. La calidad técnica e iconográfica de algunos objetos no deja dudas sobre la presencia de especialistas de tiempo completo al servicio de la elite.

San Lorenzo Tenochtitlan

Construido sobre una gran plataforma de 45 metros de altura y unas 50 hectáreas de superficie, San Lorenzo no era una sociedad aldeana. Las construcciones públicas –grandes plazas encerradas por montículos– alcanzaron enormes dimensiones y expresaban un estilo con claros rasgos olmecas cuyo mayor desarrollo y expansión se dio durante el primer milenio antes de Cristo. Enormes cabezas humanas masculinas con rasgos diferenciados, que retrataban a los gobernantes, y grandes tronos –los llamados "altares"– tallados sobre enormes bloques de piedra fueron las expresiones más impactantes de ese estilo. La ilustración muestra la Cabeza 8, de 2,20 metros de altura. El personaje lleva un bello y sencillo casco.



Ann Cyphers Guillen, "San Lorenzo Tenochtitlan", en John E. Clark (coord.), *Los olmecas en Mesoamérica*, México-Madrid, El Equilibrista-Turner Libros [c. 1994], p. 56.

También aparecen los elementos fundamentales de la iconografía olmeca, vinculada al campo de lo religioso: la representación de una deidad jaguar, quizá un antiguo animal totémico, ocupaba un lugar central; de ella derivaron otras representaciones, como una serpiente-jaguar y un enano-jaguar. El pensamiento religioso mesoamericano asociaba la figura del jaguar con la tierra, la lluvia y la agricultura, esenciales para la supervivencia. El felino o partes de él (garras, manchas,

colmillos) están representados en gran variedad de objetos e instrumentos de piedra, hueso y cerámica.

Hacia el año 900 a.C., San Lorenzo Tenochtitlan fue abandonado y sus principales monumentos destruidos, al parecer por sus mismos habitantes. Aunque no sabemos qué ocurrió, la tradición cultural iniciada en San Lorenzo tuvo continuidad y se generalizó luego en el sitio de La Venta, como veremos en el próximo capítulo.

Si bien la presencia en San Lorenzo de grandes montículos y de enormes esculturas en piedra contrasta con el marco general de Mesoamérica, procesos similares estaban produciéndose en otras zonas, donde la aparición temprana de rasgos característicos del estilo olmeca revela la existencia de una amplia red de contactos e intercambios entre las comunidades. En ese contexto, los pobladores de San Lorenzo fueron capaces de absorber elementos de otras zonas y de su misma región, y elaboraron una integración y una síntesis exitosa, que expresaba y reforzaba los procesos sociales en marcha. Esa situación favoreció la circulación de las nuevas ideas y creencias, y su aceptación por parte de las elites de otras regiones.

En efecto, estos procesos tuvieron carácter generalizado, es decir, se produjeron de manera simultánea en distintas partes de Mesoamérica. A fines del primer milenio antes de Cristo, aparecen en San José Mogote, el asentamiento más grande del valle de Oaxaca, y en otros sitios de la zona indicios del surgimiento de jerarquías sociales: divergencias en las viviendas y entierros, acceso diferencial a los bienes de prestigio elaborados con materiales valiosos tanto locales como importados. En el valle de México, Tlatilco, establecida hacia 1200 a.C. al oeste del gran lago, llegó a ser una gran aldea que cubría unas 65 hectáreas. Allí, las tumbas excavadas y las numerosas y características figurillas de arcillas recuperadas señalan la presencia de diferenciaciones sociales, y muestran influencias y contactos con sus contemporáneos de San Lorenzo.

Excavaciones recientes en el centro maya de Seibal muestran la construcción de plataformas ceremoniales hacia el año 1000 a.C., esto es, contemporáneas del final de San Lorenzo. Seibal estaba ubicado junto al río La Pasión, en la cuenca del Usumacinta, una importante vía de circulación, y el hallazgo sugiere que esa sociedad había alcanzado ya cierto grado de complejidad social y que ese proceso era parte de un conjunto de cambios generalizados que se manifestaban en distintas áreas de Mesoamérica.

En síntesis, las relaciones sociales y políticas que caracterizaron el desarrollo posterior de las civilizaciones mesoamericanas estaban presen-

tes al iniciarse la tradición olmeca, a fines del segundo milenio antes de Cristo. En el mundo olmeca este proceso se profundizó rápidamente y se generalizó durante el apogeo de La Venta, en el actual estado de Veracruz, entre 800 y 400 a.C.

5. El surgimiento de las primeras civilizaciones (800 a.C.-300 a.C.)

Los logros alcanzados por las sociedades de Mesoamérica y los Andes centrales en el período anterior se afianzaron, y en ambas áreas se desarrollaron las primeras grandes civilizaciones: La Venta y Chavín, respectivamente. La construcción de estructuras monumentales y la presencia de formas cada vez más complejas de representación simbólica e ideológica fueron la expresión material del nuevo orden social que, gestado en la etapa anterior, emergió con plenitud en el primer milenio antes de Cristo.

Las primeras civilizaciones americanas alcanzaron su culminación en la primera mitad del primer milenio antes de Cristo en la costa del golfo de México, en Mesoamérica y en la sierra norte del actual Perú, en los Andes centrales. Conocidas por los nombres de La Venta y Chavín, respectivamente, su estudio generó hondas polémicas, de allí que comencemos este capítulo aclarando algunos conceptos que utilizaremos.

Sociedad urbana, estado y civilización

El centro de las nuevas transformaciones fue la ciudad, nuevo tipo de asentamiento donde se desarrollaron formas de vida y sociedad urbanas, muy diferentes de las que caracterizaron a las aldeas. Historiadores, arqueólogos, sociólogos y geógrafos han discutido el alcance y significado de términos como "ciudad" y "urbano". En la actualidad, la ciudad es concebida como un conglomerado humano que concentra actividades económicas, políticas, administrativas, sociales y culturales; para diferenciarlas de otros centros de población se usan en general criterios cuantitativos: número de habitantes y densidad de población, por ejemplo. No obstante, antes de la era industrial la situación era distinta.

Las ciudades antiguas tuvieron siempre una población relativamente importante pero, aunque algunas presentaban grandes aglomeraciones